

S
S
SERVICIO SECRETO



LA MUCHACHA CHINA

joe mogar

LA MUCHACHA CHINA

JOE MOGAR

**LA MUCHACHA
CHINA**

**1.ª EDICIÓN
DICIEMBRE - 1962**



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA**

DEPOSITO LEGAL B 22789 - 1962

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© JOE MOGAR - 1962

**Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1962**

N. R. 3717/62

Todos los personajes y entidades privados que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

733. — Se compra un pistolero.

En Colección BUFALO:

399. — Alias Pistol Kendall.

En Colección SERVICIO SECRETO:

640. — Idilio sangriento.

En Colección CALIFORNIA:

275. — La dama del puma.

En Colección TEXAS:

240. — «Sonora Jim».

En Colección COLORADO:

270. — Luciérnaga del río.

En Colección KANSAS:

146. — El que a hierro mata.

En Colección BRAVO OESTE:

88. — Dos balas de plata.



CAPÍTULO I

Parecía una mujer americana cien por cien.

Y cien por cien hermosa. Con todo lo que una mujer debe tener, hasta para repartir.

Pero era china.

Nadie, ni yo mismo, hubiera dicho tal cosa.

Claro que no me enteré hasta que alguien me dijo que era hija de Chian Lee, y aun así dudé, hasta que la tuve enfrente. Hasta que miré sus ojos, y las curvas de diabólica simetría.

En aquel entonces, y a pesar de que la carta estaba en mi mesa, a pesar de que la había leído infinidad de veces, nada me decía de Marella Chian Lee. Ni siquiera la mencionaba. Por lo tanto, yo nada sabía, ni tenía por qué adivinar que en Chicago había una mujer de soberana belleza que se llamaba así.

La carta, que había recibido en el correo de la noche anterior, estaba sobre mi desvencijada mesa de despacho. Escrita a máquina y con una firma casi ilegible.

Volví a leerla de nuevo:

«Estimado míster Thorensen: Supongo que no habrá oído hablar de mí. Eso no es extraño, aunque le parezca a usted, por lo menos, el que yo le conozca. En fin, voy a dejarme de preliminares que a nada conducen y voy a ir directamente al grano, como se suele decir.

«Durante algún tiempo he venido leyendo sus artículos

periodísticos en el «Mirror» de Nueva York. Es usted un buen periodista, míster Thorensen. Demasiado bueno para dedicarse solo a las cosas concernientes a Broadway. Usted puede hacer algo más que escribir sobre los escándalos concernientes a tal o cual artista. Yo le brindo la oportunidad para que escriba el relato más sensacional de su carrera. ¿Por qué no toma un avión y viene a Chicago?

»Puede que crea que estoy loca, pero no es así. Vivo en las afueras para hablar en términos exactos. En una bonita quinta de recreo, con piscina, un embarcadero junto al Michigan, y un par de buenas lanchas motoras.

«Usted es curioso como plumífero. Venga a verme. El asunto merece la pena. Me encontrará en casa el día cinco, sobre las siete de la tarde. Le espero.

«Suya, Margot».

No había más. Aquella pájara estaba loca, aunque ella dijera lo contrario. ¿Cómo diablos iba yo a convencer al viejo búho de míster Madigan, redactor en jefe del «Mirror»?

Si le enseñaba aquella carta era capaz de tirarme por la ventana.

Volví a leerla de nuevo, tal vez por diezmillonésima vez, y después me puse en pie.

Salí de mi despacho y me enfrenté con las piernas de Loreta Holmes. Y digo con sus piernas, hermosas porque sí, porque la chica se estaba arreglando en aquel momento las costuras de las medias.

Loreta es la secretaria del viejo. Una chica que de ningún modo es del montón. Rubia por añadidura, y capaz de volver loco a cualquiera que no sea yo.

Y sabe besar.

Me lo demostró una vez más cuando, después de lanzar el consabido «¡Oh!», y dejarse caer la falda, dijo mirándome:

—Podías haber avisado, Mike, ¿no?

Sonreí.

—También podías, encanto, haberte arreglado las medias en otra parte. Pero si quieres que te diga la verdad, no lo lamento. Es interesante este espectáculo.

Me guiñó un ojo y en el acto la tuve en mis brazos.

Se separó jadeando, y lamenté que la tela que cubría su seno no fuera más liviana.

—¿De qué humor se encuentra el viejo? —pregunté.

Me miró de pies a cabeza, y me sorprendió con su pregunta:

—¿Qué nueva idea se ha cocido en tu magín, Mike?

Me encogí de hombros y puse cara de inocente, pero estoy seguro de que no la engañé.

—¿A mí? Nada, ricura. Simplemente que deseo unos cuántos días de permiso, ¿sabes? Tengo una tía en Chicago que está muy mal. Creo que no tardará en estirar la pata.

Me miró dubitativa.

—Creo que hoy no está de bastante buen humor, Mike —replicó—. Ha intentado besarme esta mañana. Por lo tanto...

No la escuché. Si el viejo había intentado besar a su secretaria, era buena señal. Lo demás, para mí, carecía de importancia.

Me acerqué a la puerta de cristales opacos en cuyo marco superior colgaba un letrero con la palabra «PRIVATE», y llamé con los nudillos.

El ogro me autorizó a entrar en el acto.

Lo hice.

Como siempre, estaba sentado detrás de su gran mesa de despacho, tan destartada, o más, que la mía. Esto me hizo pensar que por mucho que le sobraran los dólares, el viejo Jim Madigan, siempre sería igual de tacaño.

Apenas si hube entrado me señaló una silla.

—Siéntese, Thorensen —dijo.

Lo hice, y por espacio de unos cuantos minutos permanecimos los dos en silencio que cortó él moviendo su gran papada, que parecía colgarle del extremo inferior de su cara redonda y regordeta, lo mismo que una luna llena.

—¿Qué desea, Thorensen?

Procuré tragar saliva. Si le enseñaba la carta...

Pero... ¡Al diablo con él y con todo! Aquella desconocida Margot había picado fuertemente mi curiosidad.

—Diez días de permiso sin sueldo —dije, sabiendo que esto último era el mejor tanto a mí favor—. Deseo trasladarme a Chicago.

Me miró por encima de sus gruesos lentes de concha. Fue una mirada larga, fría, especulativa.

—¿Y qué diablos va a hacer en Chicago, Thorensen?

—Tengo a mí tía que se encuentra grave, míster Madigan.

—No sabía que tuviera usted una tía —replicó.

Tampoco yo, pero no se lo dije.

—Pues sí, es una hermana de mi difunto padre. Tiene algunos dólares y, como comprenderá, deseo ir a su lado antes de que la «diñe».

—¿Por cuántos días?

—Diez a lo sumo —repliqué esperanzado.

—Siete —me miró largamente y agregó—: Siete, y espero que no se lleve con usted a Loreta.

Fingí escandalizarme.

—¿A Loreta? No entiendo.

—Pues yo sí, Thorensen. Necesito a la chica en la redacción. Por lo tanto, tendrá que buscarse otra.

Cosa que me daba igual, pero tampoco quise sacarle de su error.

—Entonces siete, ¿no?

—Ni uno más. ¿Para cuándo los quiere?

Estábamos a tres. Por lo tanto repliqué:

—Deseo salir de La Guardia esta misma noche.

—De acuerdo, Thorensen. Pero tenga en cuenta una cosa. Ni tendrá gastos de viaje ni nada. Ni siquiera el sueldo. ¿Entiende bien esto, Thorensen?

Mike Thorensen, que soy yo, lo entendía bastante bien. Con toda claridad. Por lo tanto repliqué que sí y me levanté.

El viejo ladino me dejó llegar hasta la puerta, y entonces soltó la andanada final:

—Otra cosa, Thorensen —dijo—. Si por casualidad pierde el tren o el avión, a su regreso puede considerarse despedido.

Asentí con la cabeza y con la sonrisa en los labios, maldiciéndole por dentro. Atravesé la puerta y vi, como cosa natural, a Loreta.

Pero lo que no resultaba natural era que ella tuviera una de sus hermosas piernas sobre la otra, por debajo de la mesa, y las enseñara con maligna profusión.

Se levantó al verme y vino hacia mí. Sentí su perfume y su respiración junto a mí cara.

—¿Qué te ha dicho el viejo, Mike?

Pellizqué su barbilla, la besé, me rodeó el cuello con los brazos, y transcurrieron más de cinco minutos antes de que nos diéramos cuenta de que estábamos en una oficina y no en el apartamento de ella o en el mío.

Se separó de mis brazos boqueando como pez fuera del agua. Cuando recuperó la respiración me dijo:

—Eres un sinvergüenza, Mike. Pero te quiero. Dime; ¿qué te ha...?

La atajé sonriendo, pero con sonrisa conejil.

—Nada, ricura. Salgo esta noche para Chicago.

Agrandó sus inmensos ojos azules y replicó:

—¿Es verdad que tienes una tía, Mike?

Me puse serio. Infinitamente serio.

—¡Claro! ¿A qué, si no, este viaje a Chicago?

—Y dime; ¿es muy vieja? Diez y ocho o veinte años, ¿no?

Lo que demostraba que Loreta, aunque en aquel momento estuviera equivocada, me conocía bastante bien.

—No, querida —repliqué riendo—. Estás equivocada.

Giré hacia la puerta, le tiré un beso con la punta de los dedos, que se apresuró a devolver, y salí del despacho sin saber que no iba a verla más. Que tampoco volvería a Nueva York, y que con aquel paso me iba a ver mezclado en un asunto de mil diablos.

Y con una muchacha china por complemento.

¡Y qué muchacha!

CAPÍTULO II

Conocía Chicago como pudiera conocer mi mano derecha. Por lo tanto busqué un hotel que no fuera muy caro, y me dispuse a pasar en la cama el resto del día.

En mi habitación, y antes de quedarme dormido, volví a leer una vez más aquella carta, y finalmente la guardé en la cartera, preguntándome por primera vez, si yo estaría más loco que aquella Margot, al acudir a una cita con una desconocida, ya que muy bien pudiera tratarse de una pesada broma de mal gusto.

Desperté al anochecer y salí a la calle. Deambulé por Chicago hasta bien entrada la madrugada y entonces regresé al hotel.

Finalmente amaneció el día cinco. El cinco a las tres de la tarde, según decía ella.

En la puerta del hotel tomé un taxi y me hice conducir a la Avenida Michigan, donde alquilé un «Nash» en bastante buen estado.

Lentamente conduje por las amplias avenidas hacia el lago. Una vez en él, no tardé en encontrar la quinta.

Hermosa porque sí. Con una alta tapia que iba a morir a orillas del lago, y que seguí hasta el embarcadero. Desde la vería de hierro, a través de los árboles pude ver las dos lanchas motoras. Incluso leí el nombre en una de ellas: «Margot».

Bien, por lo menos, la misiva escrita a mano decía la verdad. La quinta estaba allí, el embarcadero y las dos lanchas motoras, hermosas en verdad, y en una de las dos, el nombre de ella.

Me deslicé a lo largo de la tapia buscando la puerta. La encontré casi en el acto. Magnífica. De hierro forjado. Una verdadera obra maestra.

Estaba abierta. Ante mis ojos se abría un ancho camino asfaltado, que seguramente iba a morir en la puerta principal de la quinta.

Volví al «Nash», empuñé el volante y maniobré lentamente. Unos minutos más tarde enfilaba el camino.

Este, cien yardas más allá, formaba una curva bastante cerrada, cuyo extremo y casi al principio me impedían ver los árboles y la vegetación.

Fue casi al llegar a ella, cuando, sin previo aviso, como una centella, apareció un esbelto y largo «Alfa Romeo», modelo «sport». Apenas si tuve tiempo de desviar el «Nash» hacia la cuneta, cuando aquel bólido rojo pasó por mí lado a más de setenta millas por hora.

A pesar de ver una mata de pelo negro como el betún, y unas enormes gafas negras, deseé que se estrellara la conductora. Esas no son maneras de conducir por un camino privado.

¡Ni tampoco por carretera, qué diablos!

Pasé la curva y la recta, y entonces la casa se ofreció ante mí vista. Pero detuve el «Nash» mucho antes de llegar, arrimándolo a la cuneta, ya que el espectáculo que se ofrecía ante mí vista era mucho, muchísimo más interesante que la quinta, que la mujer del «Alfa Romeo» color rojo, y que los magníficos alrededores de la finca.

Era una piscina.

Una hermosa y grandiosa piscina.

En la piscina una mujer.

Toda una mujer, con todo lo que se debe tener, y más. Un cuerpo perfecto, provocativo, audaz, cuya piel un tanto morena brillaba al sol.

Una mujer hermosa y un «bikini». Con unas maravillosas piernas que me hicieron respirar fatigosamente.

Se había puesto en pie y miraba el «Nash». Como una esplendorosa visión de lo que debe de representar encontrarse junto a una mujer como aquella.

Era alta y rubia. De mejillas sonrosadas, y una boca como hecha para el beso, de labios rojos, sensuales.

Acerqué el «Nash» a la piscina.

Entonces la vi andar, y por unos segundos, a pesar de llevar el automóvil a poca velocidad, perdí el sentido de dirección.

Había algo de diabólico en el suave movimiento de sus caderas, y mucho de felino en sus largas piernas inigualables.

Detuve definitivamente el «Nash» y esperé.

Su sonrisa era prometedora, y parecía joven. Pero a pesar de su apariencia tenía un algo que me hizo pensar. Parecía estar de vuelta de muchas cosas. Parecía haber vivido lo suyo, si es que me entienden ustedes.

—Hola —saludó sin dejar de sonreír—. Esto es un camino privado. ¿A quién busca, por favor?

—A miss Margot Rian —repliqué mirándola con todo el descaro de que era capaz, desde las puntas de su pelo rubio hasta la puntera de sus sandalias, cosa que no pareció preocuparla ya que siguió sonriendo, como halagada.

¿Divorciada? ¿Casada? ¿O soltera sin compromiso?

Sin saber por qué, creía más en lo primero que en lo segundo y lo último. Su expresión, su todo, me inducían a creer en esto.

—Margot Rian soy yo. ¿Qué se le ofrece? —replicó.

Volví a mirarla deteniendo mis ojos más de lo conveniente en la tira de tela que medio cubría el seno.

—Mi nombre es Mike Thorensen —repliqué—. Recibí su carta y tomé el avión para Chicago, tal y como me indicaba en ella. ¿Qué es lo que tenía que contarme?

Su sonrisa se hizo más amplia, y sus ojos verdes, grandes y rasgados, como los de un felino, brillaron de una manera inusitada.

—¿Quiere hacer el favor de acercarse a la piscina y traerme el albornoz?

Pensé que era una lástima que ella deseara cubrirse aunque solo fuera un poco, pero no podía negarme a tal petición.

Descendí del «Nash» y me acerqué a la piscina. El albornoz no parecía ser tal, ya que una vez sobre los desnudos y bien torneados hombros, apenas si la cubría hasta medio muslo. No obstante se lo llevé.

Estaba sentada frente al volante. Por lo tanto subí por el lado contrario.

—Póngamelo sobre los hombros, ¿quiere?

Lo hice, notando un tanto vacilante, qué ella se acercaba intencionadamente a mí.

Una mujer con todo lo que ella tenía. Era para pensar mal en todos los sentidos.

—Gracias, Mike —dijo llamándome por mí nombre tan pronto como le hubo colocado el albornoz—. Vamos a casa. Allí hablaremos.

Con sin igual maestría condujo hasta la puerta de la quinta, abrí la portezuela para ayudarla a descender, y después me hizo pasar.

Todo respiraba lujo y elegancia en el interior.

La precedí hasta el «living», y una vez en él se volvió quitándose el albornoz. De nuevo apareció ante mis ojos con toda su innegable belleza.

Sonrió.

—Tome asiento —dijo indicándome el sofá—. Voy a preparar algo para beber.

Se encaminó al mueble bar, y durante unos segundos oí el tintineo de la botella y los vasos. Luego fue al frigorífico y volvió llevando unos cuantos cubitos de hielo.

—Hace mucho calor y esto nos sentará bien. Sirve para entonar al mismo tiempo que para quitar la sed.

Me pregunté qué querría decir con aquello de «entonar» y no repliqué. La observaba. Como ella me observaba a mí. Con complacencia.

No quiero pecar de inmodesto al decir, que en el transcurso de mi profesión, he conocido a muchas mujeres, de todas clases, malas y peores, y que todas han coincidido en que tengo algo que no saben definir. Algo que las agrada a ellas, y que no sé lo que es.

Solo tengo conciencia de una cosa, de que mi pelo es castaño y mis ojos negros. Y que a pesar de que parezco un deportista, por lo demás, soy como otro hombre cualquiera.

Margot, entretanto, se había acercado. Me entregó un vaso más que mediado de *whisky* con sus correspondientes cubitos de hielo y se sentó a mí lado, tan cerca que me pareció sentir la caricia de su piel.

Mirándome, preguntó:

—Así que usted es Mike Thorensen, ¿no?

—Sí. ¿Quiere mi carnet profesional?

—¡No, no! —se apresuró a replicar—. Con su palabra basta —bebió un sorbo mirándome por encima del borde del vaso y después preguntó—: Dice que recibió mi carta, ¿verdad?

—Sí.

Me miró largamente, bebió otro poco, puso el vaso encima de la mesita ratona, se acercó más a mí y cruzó las piernas. Había algo de maligno y prometedor en ella. ¡Y acababa de conocerla!

—Muéstremela, ¿quiere?

Aquello enfrió en parte el entusiasmo que empezaba a sentir por la maravillosa beldad.

La saqué del bolsillo y se la entregué.

Durante un par de minutos la estuvo leyendo y finalmente se la guardó entre los senos. Después me sonrió de la manera más prometedora del mundo.

—Creo que le han gastado una broma de mal gusto, Mike —dijo tranquilamente.

Antes de que formulara una pregunta, ya sabía cuál iba a ser la respuesta que iba a obtener.

—¿Por qué?

Se rio juzgando mi tono en extremo inocente.

—Es sencillito, Mike. Yo no escribí esa carta.

Fingí un sobresalto que estaba muy lejos de sentir.

—¿Cómo explica eso, *miss* Rian?

—Llámeme Margot, Mike. En cuanto a su pregunta, debo decirle que no lo sé. Yo nunca escribo a máquina. Ni siquiera tengo una. Por lo tanto, mi correspondencia la escribo a mano —me miró a los ojos, sonriendo, mostrándome su bella garganta y sus blancos dientecllos—. No, Mike. No le he escrito yo, ni tampoco sospecho de nadie, entre mis amistades, capaz de gastar una broma como esa a costa de mi nombre. Incluso la firma es falsa. Repito que no la he escrito yo.

Bebí el *whisky* de un trago, deposité el vaso sobre la mesa, ella se puso en pie y se alejó para llenarlo de nuevo.

Mientras lo hacía, me puse en pie yo también.

Se volvió ya con el vaso lleno, y al punto vi en sus ojos una mirada de decepción.

—¿Se marcha ya?

—Claro. Aquí nada tengo que hacer. Si vine fue por la carta.

—¡Oh! ¿Y... y no puede perder un poco de su tiempo para hacerme compañía? ¿Tan fea soy? —se acercó insinuante y felina y me tendió el vaso tomándome en el acto del brazo, tirando de mí hacia el sofá—. Vamos, Mike. A cualquiera le agradecería pasar un rato en mi compañía —y

añadió al ver mi gesto—: Sorprendido, ¿verdad? ¡Claro! ¡Es natural! Demasiado poco tiempo según usted. Pero mire, Mike, esto le ocurrirá con muchas mujeres, ¿sabe? Y sobre todo si están separadas de su marido como yo. Y siempre metida en esta quinta... De vez en cuando me gusta romper la monotonía, y usted ha venido a contribuir a ello. Vamos, beba.

Lo hice a pequeños sorbos mientras Margot se acercaba a mí.

Cuando deposité el vaso encima de la mesita y me volví a mirarla, tenía los ojos entornados, fijos en mi rostro, y los rojos labios entreabiertos.

—Bésame, Mike —dijo—. Sé que te gusto. Me lanzaste unas cuantas miradas incendiarias allá fuera.

Me tendió los brazos y la tuve entre los míos en menos de un segundo. La besé, consciente de que no debía defraudarla.

Durante minutos estuvimos estrechamente abrazados, y finalmente se separó jadeando. Cuando logró articular en forma coherente, sus primeras palabras fueron estas:

—Eres un gorila, Mike. Pero me gusta tu forma de besar.

Se levantó del sofá, corrió un poco las persianas sumiendo al «living» en una suave penumbra y volvió a mí lado.

—Supongo que ya te lo habrán dicho, Mike. Que tienes algo especial que les agrada a las mujeres como yo, ¿verdad?

—Sí. Me lo han dicho muchas.

No pareció molestarse por mis palabras, ya que siguió sonriendo.

—Lo sé —afirmó—. Tal vez sea esa sonrisa un tanto cínica. Tal vez sea el que tú, a pesar de algunas miradas un tanto indiscretas, no haces nada por atraerte a ninguna.

Se puso en pie de nuevo y fue a la radiogramola que había situada a un extremo. Permaneció de espaldas manipulando el aparato hasta que unos segundos después la suave y tenue música de unailable llegó a mis oídos.

Cotoneando las caderas, se acercó.

—¿Bailamos, Mike?

Me puse en pie mirándola de pies a cabeza. Ella rio.

—Bueno —dijo—. Hace calor. Por lo tanto no creo necesario quitarme el «bikini» y cambiarme de ropa.

Tampoco lo creía yo, pero callé. Mis pensamientos eran muy otros. ¿Qué deseaba? ¿Aturdirme? Pudiera ser. ¿Engañarme? ¿Hacerme perder tiempo?

No lo sabía. La única certeza que tenía de todo aquello era que posiblemente se estaba burlando de mí. Que posiblemente cada uno de sus besos, cada una de sus caricias, significaba un peligro.

Un posible y mortal peligro, pero estaba dispuesto a seguirla hasta donde me quisiera llevar. Cualquiera lo haría tratándose de una mujer como ella.

Me puse en pie, la abarqué por la cintura y bailamos. Pero fueron pocos

minutos. Repentinamente, Margot se detuvo en medio del bailable con sus manos sobre mis hombros. Sus ojos chispeaban.

—Hace mucho calor, Mike. Prefiero sentarme en el sofá y descansar con un buen vaso de *whisky*.

Se empinó sobre la puntera de sus sandalias y me besó enroscando sus brazos en mi nuca.

Mis ideas se enturbiaron. Lo único que recuerdo de aquellos momentos, es que deseaba más que nunca seguir su juego.

CAPÍTULO III

Casi anocheecía cuando empuñé de nuevo el volante del «Nash» hacia la salida de la quinta, consciente de que, lo mismo que yo, ella estaría satisfecha, si verdaderamente era eso lo que buscaba en mí.

Conduje lentamente, sumido en múltiples pensamientos. Ella había seguido negándose a admitir que había escrito la carta, pero sin saber por qué, no la creía.

También entre caricia y caricia, me había dicho unas cuantas cosas interesantes. Como por ejemplo: que la quinta no era de ella ni de su marido, sino que se la había alquilado a una amiga suya. A una tal Marella.

Fue la primera vez que oí aquel nombre. Un nombre que para mí era como otro cualquiera. Un hombre que nada me decía.

Repentinamente, y cuando alcanzaba la carretera, ya casi entre dos luces, volví a ver el «Alfa Romeo». Pero esta vez mucho más despacio. De nuevo, y al pasar por mí lado, pude distinguir con entera claridad la mata de pelo negro y las enromes gafas.

No sé por qué lo hice, pero miré la placa, y con precisión matemática esta se quedó impresa en mi mente, aunque entonces no pude adivinar lo importante que para mí iba a ser en lo venidero aquel dato tan insignificante, creía yo entonces.

Seguí pensando en Margot cuando el «Alfa» pasó por mí lado con todas las luces completamente apagadas.

Seguí pensando en lo hermosa que era, y en lo que posiblemente ocultaba. Estaba seguro de que ella fue la que me escribió la carta. ¿Por qué negaba entonces? ¿Qué hacer? Tenía seis días de permiso. Mejor dicho, cuatro, ya que casi habían transcurrido dos. ¿Qué hacer?

¿Investigar todo aquello?

Me pareció ridículo. Ni era policía ni me importaba un comino el poder serlo, aunque en Nueva York tenía muchos amigos entre ellos. Buenos amigos, en verdad.

¿Pasar tranquilamente aquellos días en Chicago?

Bueno. La misma Margot me había indicado uno de los sitios donde podía hacerlo, y hacia el cual me dirigía bordeando la orilla del lago.

Un restaurante.

Un «snack-bar», con pista de baile y mujeres hermosas, nada inaccesibles, según sus propias palabras. Claro que yo, en aquel entonces, no deseaba la compañía de ninguna.

Margot me había dicho que volviera, pero tampoco estaba seguro de

hacerlo.

Un restaurante con todo lo demás de complemento, con una hermosa terraza hacia el lago, y reservados en el piso superior.

Y mujeres. Verdaderos monumentos.

Aparqué el «Nash» en la playa de estacionamiento y busqué una mesa en la terraza. Pedí un «Manhattan» para entonarme también, mirando algunas de aquellas maravillas que con profusión adornaban las mesas de la terraza, entre puntillas blancas de encaje y faldas ceñidas a medio muslo.

Mi intención era estar tranquilo, pero no fue por mucho tiempo. No tardé en tener compañía. Una hermosa morena de ojos tan grandes como el mismo lago y con unas pestañas tan largas que... que... en fin, kilométricas.

Me pregunté si serían postizas, y después supe que no, que todo en ella era suyo, puesto en los lugares convenientes por obra y gracia de la naturaleza.

¡Lo que son las cosas!

La dejé en el mismo hotel sobre las dos y treinta de la madrugada, ya que, como he dicho, estaba cansado y no deseaba más experiencias. Con un paseo que habíamos dado bajo la luna, a orillas del Michigan, tuve bastante.

Sé que se sintió defraudada, pero qué le vamos a hacer.

De nuevo frente al volante, me encaminé hacia Chicago, en busca de un bien ganado reposo.

Fue entonces, al apartarme de la carretera que bordea el lago, para enfilar la que debía conducirme a la ciudad, cuando en el cruce mismo vi aquel negro automóvil, y junto a la cuneta, la maravillosa y felina silueta de una mujer joven, cuyo pelo me pareció pelirrojo.

Por unos instantes tuve la idea de detener el «Nash», pero no lo hice. ¡Demasiadas mujeres para unas cuantas horas!

Y eso que me pareció que la dama estaba asustada, según pude colegir por la fugaz visión que tuve de sus ojos. Después la aparté de mis pensamientos y me fui a dormir.

Soñé con Margot. Con Margot y su «bikini». Con lo hermosa que era.

No me gustan los desayunos en los hoteles, y más si se tiene en cuenta que me desperté sobre las doce del día. Por lo tanto, abandoné el hotel, fui al garaje, saqué el «Nash» y me encaminé a Central Park con objeto de entrar en el primer «snack-bar» que me viniese a mano.

Lo hice. Y no había ninguna mujer.

Por lo tanto, pedí un emparedado de jamón y una cerveza y tomé el periódico que había encima del mostrador. Lo desplegué frente a mis ojos, y al punto di un fenomenal respingo, porque la noticia que menos esperaba estaba allí.

Así decían los titulares:

*Esta madrugada, sobre las tres, el Departamento de
Homicidios recibió un anónimo por teléfono
Hallazgo del cadáver de una mujer en “bikini” flotando
sobre las aguas del Michigan*

No quise leer más por el momento, sacudido por un horrible presentimiento. ¿Margot Rian?

Durante unos segundos, después de formularme esta pregunta, mi cerebro quedó completamente en blanco, incapaz de pensar, de coordinar una sola idea con mediana claridad.

Entonces fue cuando mis ojos empezaron a leer aquel breve relato. A la hora en que salió el periódico a la calle, el cadáver de la mujer aún no había sido identificado en la Morgue.

La reseña y el lugar del crimen... En unos instantes pensé en la mujer que vi en la carretera y en el automóvil estacionado junto a ella. En la expresión un tanto temerosa de su semblante.

Miré mi cerveza y el emparedado a medio consumir. Mi garganta se negaba a admitir más alimentos. Mi mente estaba ocupada por la pelirroja y el «Alfa Romeo» color rojo.

Conducido también por una mujer, morena, cuyo rostro no pude ver oculto más que parcialmente por las gafas negras.

Una mujer con la cual me había tropezado por dos veces el día, anterior. Una mujer, en fin, que debió ser la última en ver viva a Margot, en el supuesto de que no fuera ella la asesina.

Doblé el periódico y pedí la cuenta. Después de pagar abandoné el taburete ante la mirada un tanto asombrada del *barman* y salí a la calle decidido a averiguar lo que hubiera de verdad en mi presentimiento.

Enfilé el «Nash» a buena marcha hacia el lago, y, desde el mismo hasta la quinta.

El embarcadero estaba silencioso. Las dos lanchas motoras también estaban allí, quietas, sombrías, lo mismo que el ancho camino asfaltado. La reja de la puerta estaba completamente abierta y en todo se respiraba el mismo aire que el día anterior. La tranquilidad reinaba por doquier.

Pensé que tal vez estuviera equivocado y me tranquilicé en parte.

Doblé la curva. Margot no se encontraba en la piscina como la tarde anterior. Esta estaba solitaria, vacía.

Acercándome a la casa a buena marcha, acerté a ver estacionado, junto a un automóvil de la Brigada Volante, el «Alfa Romeo» color rojo. Así, pues, la policía había invadido la quinta de Margot Rian, o mejor dicho la quinta de aquella otra mujer. De Marella.

Por unos segundos estuve tentado de detener el «Nash», dar media

vuelta y alejarme, pero no lo hice. Aparqué junto al auto-patrulla y descendí dejando el motor funcionando al ralentí.

Acababa de hacerlo cuando un policía de uniforme se adelantó hacia mí.

—¿Quién es usted? ¿Qué busca?

Lo miré durante unos segundos.

—Mi nombre es Mike Thorensen, oficial —repliqué, dándole un grado muy superior al que ostentaba, ya que, como he dicho, era un simple agente—. He venido a hacer una visita a *miss* Rian.

Me miró como a un bicho raro.

—Sí, ¿eh? Pues espere aquí hasta que le avise. Tal vez el teniente Carruters desee hablar con usted.

—¿Connmigo? —fingí—. ¿Qué diablos pasa?

El agente siguió lanzándome la misma mirada.

—¿No lo sabe? Bueno, ya se enterará —giró el rostro hacia el auto-patrulla y exclamó—: ¡Eh, tú, Joe! Vigila a este. Voy a avisar al teniente.

Sin esperar respuesta, se alejó hacia el interior de la quinta.

Parsimoniosamente, lie un cigarrillo y esperé sabiendo ya que mis predicciones no me habían fallado. Margot Rian, la incomparable y magnífica Margot, ya no me abrazaría más. Estaba muerta.

¿Asesinato o suicidio?

Estaba seguro de cuál era la respuesta a mí primera pregunta, así como también lo estaba de las preguntas que de inmediato me iba a formular aquel teniente de la Brigada de Homicidios.

Me preparaba para dar respuesta adecuada a todas ellas, cuando vi aparecer en la puerta al agente de uniforme.

—¡Eh, usted! —llamó—. Ande, pase. El teniente quiere echarle un vistazo.

Avancé hacia la entrada, pensando que los modales de aquel agente distaban mucho de ser de mi agrado.

Por delante de él me condujo al mismo lugar donde yo había estado la tarde anterior con Margot. Miles de escenas pasadas desfilaron por mí mente en cuestión de un quinto de segundo.

Miles de agradables escenas que ya no se repetirán más.

Miré al teniente. Alto, rubio, de ojos azules, vistiendo de paisano, y de rostro enjuto y duro.

Estaba vuelto de espaldas a mí y encarando a una hermosa joven, bastante alta.

—Puede marcharse cuando guste, *miss*. ¿Quiere darme sus señas?

Ella se las dio, y admiré su altivo porte al alejarse mientras trataba de saber con certeza el efecto que me había producido su exquisita y educada voz.

Mi desconocida amiga del «Alfa Romeo» rojo, parecía ser alguien, a

juzgar por el respeto con que la trató el teniente Carruters.

Mis ojos fueron a sus magníficas piernas, pero solo fue una visión fugaz, antes de que atravesara la puerta, ya que el teniente interrumpió mi contemplación.

—Uno de los agentes me ha informado de que...

—Ya lo sé, teniente —atajé, dándome cuenta en el acto de que a él no le gustaba mi interrupción—. Vine a ver a *miss Rian* y me encuentro con la policía en casa. ¿Quiere decirme qué ha ocurrido y por qué se me detiene a mí?

Me miró inquisitivo y replicó:

—Nadie le detiene a usted... aún. Es una formalidad. Comprenderá que, después de lo ocurrido, cualquier persona que tenga relación directa o indirecta con la víctima ofrece interés para nosotros, aunque sea circunstancial.

—Lo supongo, teniente. Pero eso no me dice ni lo ocurrido, ni lo que se espera de mí.

—Unas simples preguntas. Siéntese, ¿quiere?

Lo hice en el sofá, mirándole, dándome cuenta de que no me tenía que dejar engañar por su tono meloso.

—Dispare, teniente —reliqué, secamente.

Quedó pensativo unos minutos, y después habló:

—Ante todo, quiero saber qué relaciones le unían con la víctima, y, sobre todo, quién es usted.

Sin replicar, saqué mi tarjeta profesional de identidad.

—Un plumífero de Nueva York, ¿eh? Y, ¿cutiere decirme a qué ha venido a Chicago?

—Vine porque *miss Rian* me escribió para que lo hiciera.

La pregunta del teniente Carruters sonó a mis oídos como un disparo.

—¿Tiene ahí la carta? Enséñemela, ¿quiere?

—No, no la tengo —reliqué completamente amoscado, aun sabiendo que tenía que armarme de paciencia—. Se la entregué a ella nada más llegar.

—¿Por qué?

—Porque se negó a admitir haberla escrito.

—¿Quiere decir que...?

—Exactamente lo mismo. Hice un viaje desde Nueva York hasta aquí. Total para nada. Después de esto, bebimos unas cuantas copas, salí de aquí sobre las siete y media de la tarde, y no sé más, teniente.

Me miró pensativo unos segundos, y esperé estoicamente la siguiente pregunta, que no se hizo esperar.

—¿Por qué volvió usted?

—Quería despedirme de ella, ya que marchó a Nueva York esta noche. Como comprenderá, aquí nada tengo que hacer.

Mentí como un bellaco asombrándome a mí mismo al ver el poco trabajo que me había costado hacerlo.

Su rostro se endureció más cuando clavó sus ojos en los míos. Después de unos instantes de silencio, replicó:

—Me temo que eso no va a ser posible, al menos por el momento.

Me puse en pie lleno de indignación, y confieso que ahora no era fingida.

—¿Qué trata de insinuar, teniente? —inquirí—. Sospecha de mí, ¿no?

—Un momento, plumífero. ¿Quiere no perder la calma?

Fue entonces cuando estallé.

CAPÍTULO IV

Lo hice después de un período escaso de tiempo durante el cual ambos nos miramos atentamente.

—Van dos veces las que me llama plumífero, polizonte. Y no me gusta.

Sonrió por primera vez, y vi en sus ojos unas chispitas burlonas que me encendieron la sangre.

—De aquí hasta que acabe con usted, fisgón del demonio, aún tendrá que oír otras muchas más.

—Sí, ¿eh? —repliqué—. Pues escúcheme usted ahora a mí, polizonte. Sé que cuenta con infinitos medios para hacerme pasar un mal rato, si se lo propone. Pero tenga en cuenta una cosa, Carruters: que tan pronto como usted termine conmigo, yo empezaré con usted, si antes no lo hacen mis colegas de Nueva York. Creo que, aunque no sea nada más que por referencias, ya conoce el «Mirror». Mi diario provocará un escándalo en todo el país, y si a la fin o a la postre usted resulta equivocado, no creo que esto redunde en beneficio suyo. Ahora deténgame y acúseme de algo. Lo estoy esperando. Vine aquí por lo que ya le he dicho. Eso es todo cuanto tengo que decir.

No apartó los ojos de mi rostro mientras estuve hablando, ni tampoco ahora cuando replicó:

—Vamos, míster Thorensen.

—¿Detenido?

—Acompáñeme, ¿quiere?

Sin más, giró sobre sus talones y le seguí.

Como presumía, el «Alfa Romeo» ya no estaba en la puerta. Mi desconocida y hermosa Marella se había esfumado.

Carruters se acercó al auto-patrulla y encaró al conductor.

—Eh, Joe —dijo—. Al, irá contigo. Yo voy a hacerlo con míster Thorensen.

Dicho esto, giró hacia mí, cuando ya estaba abriendo la portezuela del «Nash». Sin más preámbulos, se instaló a mí lado.

—¿Dónde vamos? —pregunté.

Me miró de soslayo, esperó a que el auto patrulla nos tomara la delantera, y entonces replicó ante mi asombro:

—A la Morgue. Pero le ruego una cosa, míster Thorensen. De cuanto oiga y vea, ni una palabra a la Prensa, al menos por el momento.

Eso quería decir una cosa: que el teniente Carruters seguía sospechando de mí, por una parte, y que por la otra, no pensaba detenerme por el momento.

Salíamos a la carretera cuando preguntó:

—Además de esa misteriosa carta, ¿de qué habló usted con Margot Rian?

—De amor, teniente.

—¿De amor?

—Sí, de amor. ¿Le parece extraño?

No replicó, pero sus ojos brillaron un poco.

—¿Cómo iba vestida cuando le recibió?

—Con un «bikini» negro —repliqué, sin vacilar—. No se lo quitó en todo el rato que permanecí con ella.

Su sonrisa, que vi por el espejo retrovisor, se hizo socarrona.

—¿Y hablaron de amor? Escuche, míster Thorensen.

Margot Rian era una de esas mujeres... ¿sabe? En fin, le gustaban mucho los hombres de cierto tipo. Tal vez por eso se separó de su marido. Y según noticias, ahora estaba bastante sola.

—Entonces, ¿no hay un amante fijo?

—Aún no lo sabemos. Estamos investigando este punto.

Calló, hice otras cuantas preguntas mientras conduela a través de Chicago, hacia el edificio gris de la Morgue, y solo me contestó con gruñidos.

Callé también, y tan solo cuando ya lo avistábamos me decidí a hacer una pregunta, asaltado por una súbita idea:

—Escuche, teniente —dije—. ¿Por qué no condujo también aquí a esa dama de las gafas negras?

Creí que tampoco respondería a mí pregunta, pero no fue así.

—Es... es bastante difícil hacerlo, al menos sin algo consistente, míster Thorensen.

—¿Por qué?

—Porque ella es hija de Chian Lee. Marella Chian Lee, o mejor dicho, su padre, es uno de los hombres más ricos e influyentes de Chicago. Tiene un saneado negocio de importación de sedas. Algunos barcos mercantes, aviones, más de una docena de automóviles, todos de importación y de las mejores marcas, y más de cinco mil obreros trabajando para él, solo en la ciudad. ¿Comprende los inconvenientes con que tropezaríamos si molestáramos a la hija, a pesar de saber que era muy amiga de la Rian?

Sentí deseos de reír.

De reír y de callar. Hice esto último, pero solo hasta que aparqué el «Nash», junto al bordillo de la acera, frente a la puerta del tétrico edificio.

Solo entonces pregunté:

—Claro, se entiende. Esa Marella Chian Lee no es un sucio y mísero... ¿Cómo dijo, teniente? ¡Ah, sí! Plumífero. Claro, esa fue la palabra que empleó, ¿no?

Me lanzó una mirada de través, y entramos sin que replicara.

Nunca me ha gustado ir a un depósito de cadáveres, y desde que vi a Margot, creo que aunque me obliguen a punta de pistola, no lo haré más.

Estaba allí, en la «heladera», dentro de su numerado cajón con raíles. El «bikini» era el mismo. También lo era su hermoso cuerpo de diosa pagana. En cuanto a la cara, estaba completamente irreconocible.

Tanto, que no pude por menos de lanzar una exclamación ahogada. Después retrocedí un paso, con el semblante descompuesto, según pienso.

Era imposible reconocerla, ya que aquello parecía ser la obra de un loco o un sádico. Tenía la cabeza completamente aplastada, lo mismo que la cara, formando todo ello una masa de cabellos, huesos rotos, astillados, y carne negra, morada, lo mismo que la sangre que le empapaba el pecho.

Miré a Carruters, que no me quitaba la vista de encima.

—¿La conoce? —preguntó.

Repliqué, con voz ronca:

—Por lo menos, el bikini es el mismo que ella llevaba puesto. Por respeto, no puedo decir nada más.



—¿Espera a alguien, miss? — preguntó

—De acuerdo, míster Thorensen. Con eso tengo bastante por ahora. Salgamos, ¿quiere?

No deseaba otra cosa y asentí.

De nuevo en la calle, frente al «Nash», miré a Carruters y pregunté:

—Dígame, teniente: ¿quién la identificó antes que yo?

—Al H. Rian, su marido. Un conocido abogado de Chicago. Por cierto que también representa a Chian Lee en todos sus asuntos legales.

Por unos segundos, la visión de la mujer con gafas negras, la misma que después había visto en la quinta, pasó fugazmente por mí memoria. Una mujer que había salido de la quinta cuando yo entraba, y que había vuelto a ella cuando yo salía.

Nada de lo que pensaba dije.

Simplemente, repliqué:

—Chian Lee, ¿no? ¿A nadie más representa H. Rian?

El teniente Carruters me miró con gesto suspicaz, y no comprendí su mirada hasta que replicó:

—Sí, a Alfred Harry Gordon.

No pude reprimir el respingo. Después solté lo que pensaba:

—¿Y qué hace aquí Harry, si puede saberse, teniente?

Entendió mi pregunta, ya que Harry Gordon era un conocido «gangster» de Nueva York, que se marchó de allí cuando las cosas empezaron a ponerse un poco difíciles para él.

—Tiene un negocio bastante saneado con Chian Lee. Reparte sus mercancías. Además, es dueño de un par de garitos. Uno de ellos, el «Panam's», está instalado en la parte más lujosa de la Michigan Avenue. Le aconsejo que se deje caer por allí. Merece la pena.

Cogí la ocasión por los pelos.

—Entonces, ¿no piensa detenerme?

No sonríó al replicar, y sus ojos se mostraron duros y fríos.

—Por ahora no, míster Thorensen —replicó—. Y no por miedo al escándalo más o menos dudoso que pudiera armar el «Mirror» de Nueva York. Pero sigo advirtiéndole lo mismo. No debe moverse de Chicago, al menos hasta que le autorice. Si se marcha, si me busca alguna complicación, pediré al Departamento de Homicidios de Nueva York la extradición de usted, y no tendrá más remedio que regresar, en condiciones bien diferentes. Ahora otra cosa. No intervenga en esto. No me hace gracia que un... Bueno, que un periodista juegue a policía.

—No le entiendo, teniente —repliqué.

—Usted sabe bien lo que le quiero decir, míster Thorensen. Conociendo la fama de Margot Rian, sé por qué lo digo. Estoy seguro de que entre ustedes ocurrió algo más que lo que cuenta. Y más con una mujer que prodiga las caricias sin tasa. Esto puede haber despertado en usted un

sentimiento... digamos de venganza —calló unos segundos, mirándome, y preguntó—: Supongo que no tendrá armas de fuego, ¿verdad?

—Supone mal, teniente. Tengo una «Magnum» en el hotel, en mi maleta.

—Eso no dice nada. En Chicago no tiene permiso de armas. Por lo tanto, si no quiere meterse en un lío, guárdela y no la saque.

—Sigue equivocándose, teniente —repliqué—. Tengo permiso especial para llevar armas en todo el territorio de los Estados Unidos. Sorprendente, ¿verdad? Bien, antes de que me pregunte le diré por qué. Estuve en Guadalcanal, ¿sabe? Después de Guadalcanal, pasé al servicio activo como un número cualquiera dentro de la plantilla del Servicio Secreto. Acabó la guerra, y me di de baja —esbocé una torcida sonrisa—. Desde entonces, soy periodista.

Me miró ahora con algo más de respeto, según pude apreciar por el brillo de sus ojos.

—Dígame, míster Thorensen: ¿por qué le expulsaron del servicio de contraespionaje?

—No me expulsaron, teniente. Yo mismo presenté la dimisión.

—De acuerdo, pero, ¿por qué?

—Maté a un hombre —sonreí con dureza—. Uno de esos capitostes. De esos intocables. Algo así como ese Chian Lee. Hubo que disparar y disparé. Después... Bueno, creo que eso es todo. ¿Puedo largarme?

—Hágalo, si gusta. Pero antes, ¿quiere darme las señas de su hotel?

Se las di, subí al «Nash» y empuñé el volante.

En la habitación del hotel me cambié de traje, abrí la maleta y de ella extraje la «Magnum», la funda sobaquera y los tirantes. La coloqué donde debía estar, dispuesto a olvidar de nuevo que no era nada más que un simple periodista de Broadway.

Un plumífero, como decía el teniente Carruters.

CAPÍTULO V

Van Buret Street.

Un número bastante elevado. Después un magnífico edificio de apartamentos y oficinas.

Sabía que casi todo el edificio aquel pertenecía a la firma de Chian Lee.

Aparqué el «Nash» en la playa de estacionamiento, crucé la calzada, ya que tuve que hacerlo en la acera opuesta, y penetré en el edificio, dándome cuenta de que el engalanado portero ni me miraba siquiera.

No pregunté a nadie. Busqué en la tablilla indicadora, y unos segundos después supe con exactitud en qué apartamento tenía su vivienda aquel magnate chino.

Con una hija como aquella.

Una americana cien por cien, pero que, sin embargo, era china.

¿Cómo estaría sin las gafas negras?

Me figuré ver su rostro que apenas pude distinguir unos segundos en presencia del teniente Carruters.

Pensando en ella, subí al ascensor ultrarrápido, y en contados minutos estuve frente a la puerta de su apartamento.

Pulsé el timbre.

Esperaba lo que sucedió, ya que fue un chino quien abrió la puerta.

—¿Qué desea el místel? —preguntó después de hacer una reverencia estilo Edad Media, según propio criterio, ya que yo soy profano en la materia.

Disimulé una sonrisa, ya que sé por experiencia que los chinos son sumamente perspicaces.

—Ver a *miss* Marella Chian Lee. ¿Está en casa?

—Tsu no sabe, místel. Pelo podel pasál que Tsu ilá a pleguntal.

Pasé a una especie de salita. Con su pintoresco lenguaje al cual faltaban todas las «erres», me indicó que me sentara y me dejó solo.

Estuve pensativo durante unos cuantos minutos, vuelto de espaldas a la puerta, hasta que una voz me sacó de mis pensamientos.

—¿Qué desea, místel...?

Me volví lentamente.

Sin saber por qué, ya que para mí todos los orientales son lo mismo, al no lograr distinguirlos unos de otros, supuse en el acto que estaba ante Chian Lee.

Vestía cómo pudiera hacerlo un mandarín. Una túnica que le llegaba hasta los pies, con los brazos cruzados, cuyas manos estaban metidas en las amplias bocamangas.

—Mi nombre es Mike Thorensen —repliqué—. De Nueva York. Deseo hablar con *miss* Marella Chian Lee.

—Mi hija está dentro, muy cansada, místela Tholensen. ¿Si yo puedo servirle en algo?

—Supongo que usted es Chian Lee, ¿verdad? Créame que lo siento. Que siento molestar. Pero es con *miss*...

—De acuerdo —me interrumpió—. Pasa dentro. Tsu le acompañará junto a mí hija.

Se apartó de la puerta, me hizo la misma reverencia que Tsu, el cual estaba junto al umbral de la misma, y desapareció en el interior del enorme apartamento, tan silenciosamente como se había presentado.

Tsu, que el diablo me lleve si sé lo que quiere decir este nombre, me introdujo en el «living». Me indicó que me sentara y lo hice admirando muy a mi pesar el magnífico lujo que reinaba por doquier.

Pero no un lujo ostentoso, si no sobrio, elegante.

Tenía los ojos fijos en un maravilloso cuadro de no sé qué pintor, ya que entiendo tanto de pintura como de las cosas que sucedieron o pudieron suceder en la Edad Media, cuando apareció ella.

Marella Chian Lee.

Una americana cien por cien, pero que era china.

No la vi hasta que la oí preguntar:

—Mister Thorensen, ¿verdad?

Me volví y al punto noté que el suelo vacilaba bajo mis pies.

Hermosa. Mucho más bella y hermosa que Margot Rian. Una beldad medio americana y medio china, de cabello casi azulado de puro negro, y de ojos rasgados, ligeramente oblicuos. Eso era todo lo que tenía de china. Los ojos. Magníficos, fríos, herméticos.

Me pregunté si sería tan fría y hermética como su rostro decía, en todas las ocasiones.

Con unas piernas capaces de empuñar a las de Marilyn Monroe y a muchas de las artistas del *burlesque* en Broadway. Capaces de hacer palidecer de envidia a todas las mujeres que yo conocía.

De seno alto, audaz, que adiviné duro y firme bajo el corpiño. Envuelta en gasas, como si en vez de prepararse para recibir a un desconocido, lo hubiera hecho para representar la danza de los siete velos.

—El mismo, *miss* Chian Lee —repliqué, con voz un tanto ronca.

Con un mudo gesto de su mano, que sacó de entre las transparentes gasas con que se cubría, ya que me había levantado al verla, me indicó que me sentara de nuevo.

Lo hice, y ella se sentó frente a mí. Levantó una de las maravillas que tenía por piernas y la cabalgó encima de la otra.

—Bien —dijo siempre con la misma expresión enigmática y fría—. Usted dirá a qué es debida su visita.

—¿Puedo fumar? —pregunté.

—Perdone, míster Thorensen —dijo—. Le traeré cigarrillos.

Antes de que pudiera decir nada, ella descruzó las piernas desnudas, se puso en pie, y se acercó a una de las mesitas.

Cuando regresó a mí lado, tenía entre sus finas y delicadas manos una cajita de laca china con incrustaciones de oro. Algo que debía valer unos pocos dólares.

La depositó a mí lado y se sentó, volviendo a cabalgar la pierna sobre la otra.

Encendí el cigarrillo. Cuando lo hube hecho, volvió a preguntar, siempre con la misma expresión lejana e inescrutable en su rostro:

—Usted dirá, míster Thorensen. Tengo entendido que usted no es de la policía, ¿verdad?

Su tono frío e impersonal no me dijo si ella se sentía interesada o asustada por mi respuesta.

Traté de sonreír, pero aquella cara, inexpresiva como una esfinge, me obligó a no hacerlo.

—No. No soy de la policía, si eso le satisface. Simplemente un periodista de Nueva York.

Esperé a que contestara y tardó bastante en hacerlo, sin cambiar de expresión ni de actitud.

—Bien. ¿Qué desea saber? Pero, ante todo, le diré que detesto a los periodistas.

—¿Aunque no sean de Chicago?

—Aun así —replicó—. ¿Qué desea?

La miré atentamente. No cambiaba su expresión. Enigmática y lejana hasta última hora.

—Deseo que sea usted la que hable, *miss* Chian Lee. Que me cuente cosas de Margot Rian.

La estaba mirando como dije antes, pero su rostro permaneció inescrutable a mis ojos.

—¿Por qué de Margot precisamente, míster Thorensen?

—Porque fue asesinada, y sospecho que usted fue la última persona que la vio viva.

Siguió tan impasible como siempre.

—Es decir, que usted sospecha de mí, ¿verdad?

—No digo yo tanto, *miss*. Simplemente que al llegar a la quinta la vi salir, y cuando yo regresaba, usted se cruzó de nuevo conmigo de vuelta a la quinta, Margot Rian estaba viva cuando yo la dejé.

—Y cuando yo hablé con ella también, míster Thorensen. Por otra parte, comprenda que en la misma o peor situación se encuentra usted en este caso.

La miré sin replicar, procurando no sentirme atraído por su innegable

belleza, por sus piernas y por su maravilloso cuerpo de porcelana.

En vista de mi silencio, Marella Chian Lee añadió:

—Se está preguntado por qué, ¿verdad? Pues es bien sencillo. Haga que me interrogué la policía y diré que cuando llegué a la quinta, Margot estaba muerta. En este caso, usted será el sospechoso número uno. ¿No es así?

No alteró su expresión en lo más mínimo.

—Se cree muy lista, ¿verdad? —repliqué, con acento fosco—. ¿No quiere hablar?

—Soy lista y tengo miles de dólares. Esa es la diferencia, míster Thorensen. La policía creería mejor el relato de la hija de Chian Lee que la de cualquier periodista, aunque este último tuviera la razón y ella no.

—Sí, con dólares se pueden comprar algunas conciencias —me puse en pie, mirándola con todo descaro—. Ahora me marchó, *miss*, pero espero que nos volvamos a ver. Ya solo me resta darle las gracias por su ayuda. Creí que era amiga de Margot.

Giré hacia la puerta.

—Espere... —no alteró el tono de su voz, que siguió sonando frío e impersonal. Me volví para encararla—. Escuche, míster Thorensen —siguió ella—. Soy, o mejor dicho era, amiga de Margot. Esto no quita para que calle ahora. Usted se ha presentado aquí sin ser invitado. Ha tratado de preguntarme de una manera indelicada, dándome a entender que yo pudiera haberla matado —hizo un gesto con la mano para interrumpir lo que yo iba a replicar, y añadió—: Se ha puesto a preguntar y a sospechar, sin que aún me haya dicho los motivos que tiene para ello.

La miré pensativo mientras ella extendía a todo lo largo sus magníficas piernas.

—Margot Rian me escribió una carta a Nueva York citándome aquí. Decía que se trataba de un asunto muy importante. Luego, una vez que estuve frente a ella, negó haber escrito. No quise discutir. Era muy hermosa y...

—Ese punto final lo comprendo, míster Thorensen. No hace falta que entre en detalles. Se hicieron el amor, cosa a la que Margot era bastante aficionada —me interrumpió con la misma frialdad de siempre—. Lo que no comprendo es que negara haberle escrito. Debió de hacerlo, y tal vez la mataron por ello. Pero, ¿por qué lo negó?

Seguía sin cambiar de expresión, pero se estaba humanizando.

—Eso es lo que me pregunto yo. Indudablemente, Margot deseaba decirme algo, y tal vez después, por miedo, no lo hizo. Sabía algo tan importante que le costó la vida.

Repentinamente y sin replicar, ella se puso en pie. Las gasas revolotearon en torno a su felino cuerpo, y en mi vida he sentido más deseos de estrechar a una mujer en mis brazos que aquella.

Al mismo tiempo pensé si sería tan fría cuando alguien la besara. Alguien que le agradara a ella.

Aquello equivalía a una despedida y lo comprendí así.

Me acompañó a la puerta del «living». Mientras esperábamos al sirviente chino que debía acompañarme a la salida, pregunté.

—Quisiera que me aclarase algo, *miss* —dije—. Usted era muy amiga de Margot Rian. Sé que ella estaba separada de su marido. ¿Algún hombre más en estos últimos días? Me refiero a uno fijo.

Me miró largamente, pero sus profundos y negros ojos no me dijeron nada en absoluto.

—Quiere saber si Margot tenía un amante, ¿verdad? Pues sí, lo tenía. Ella misma me lo confesó.

—¿Quién es? ¿Dónde vive?

Denegó primero con la cabeza.

—No lo sé —replicó después—. Pero aunque lo supiera, no se lo diría.

Sin saber por qué, intuí que ella lo sabía, y que no quería soltar prenda. ¿Por qué?

La llegada del criado chino interrumpió mi respuesta.

—Acompaña a míster Thorensen a la puerta, Tsu —dijo a guisa de despedida para mí.

Pero no me fui hasta que hube soltado la andanada.

—Escuche, ricura. Sé que usted sabe y calla muchas cosas. Me propongo averiguarlas. Una vez que lo sepa, nos volveremos a ver, a pesar de sus cochinos dólares.

Salí detrás del chino sin que ella replicara.

Lo que no sabía en aquel momento era que iba a verla de nuevo mucho antes de lo que había imaginado.

CAPÍTULO VI

No sabía a dónde ir.

No sabía tampoco a dónde dirigir mis pasos. Hasta ahora todas mis esperanzas habían girado en torno a Marella Chian Lee, pero ante su hermetismo oriental, ante su negativa, había fracasado lamentablemente.

El «Panam's».

Se imponía hacer una visita allí, y otra al marido de Margot Rian. No tenía sus señas, pero sabía que con un poco de paciencia podía encontrarlas en el listín telefónico.

Pero mi primera visita sería para el club nocturno de Barry Gordon. Tal vez Alfred se sintiera eufórico, o tal vez, si es que verdaderamente tenía algo que ver con aquello, me lanzara encima a una nube de «torpedos» con ánimo de eliminarme.

Tal vez en Chicago el antiguo «gangster» se comportaba dentro de la Ley intentando olvidar el pasado... Quizá la bordeaba.

Fuera lo que fuere, me extrañaba esa especie de sociedad existente entre Chian Lee y él. Para mí, Marella seguía siendo una sospechosa ideal. Pero, en el caso de ser ella, la asesina, ¿por qué la había matado?

¿Celos debido al desconocido amante de la Rian? Era un absurdo. ¿O tal vez no lo era tanto?

Incapaz de dar una respuesta concreta a mis pensamientos, enfilé el «Nash» hacia el restaurante situado a orillas del lago. Al mismo que me recomendara Margot.

El sitio de las buenas mujeres.

No pude evitar una sonrisa ante el recuerdo de la desconocida que me hizo compañía durante unas cuantas horas, que paseó conmigo bajo los árboles, y que después se sintió defraudada cuando no quise acompañarla a su apartamento.

Entré en el «snack bar» con ánimo de beber un par de *whiskys* que me ayudaran a pensar, y, ¿por qué no? con el ánimo dispuesto a encontrarme con aquella desconocida beldad, y acompañarla donde quisiera.

Pero no estaba. Tampoco había mujeres a aquella hora del día. Di un suspiro de decepción, me acomodé en uno de los altos taburetes, pedí un *whisky* y seguí pensando.

En una hermosa y fantástica mujer cuyo pelo me había parecido pelirrojo.

En un automóvil aparcado junto a la cuneta de la carretera, a muy poca distancia del lugar donde había sido encontrado el cadáver de Margot Rian.

Tenía que dar con ella. Con la pelirroja.

Era todo un tipo de mujer. Y no me refería a su formidable fachada que apenas si había podido columbrar, sino a ella en sí. Una mujer como todas las que había encontrado allí aquella noche pasada.

Una oveja descarriada. Una mariposa nocturna.

Eso era, sin lugar a dudas, aquella misteriosa pelirroja.

Pero, ¿la encontraría?

Chicago, en aquella época, y según las últimas estadísticas, tenía nada menos que cuatro millones de habitantes. La ciudad más populosa de los Estados Unidos, después de Nueva York.

Era... Era como intentar buscar una aguja en medio del Océano Pacífico, sino mucho peor.

Sentí tentaciones de reír ante mis propios pensamientos. Pedí más *whisky* sin dejar de pensar, y seguía dándole vueltas a lo mismo mientras tomaba el tercero, y así continué cuando fui al comedor para acallar la imperiosa necesidad de mi estómago.

Volví al «Nash» y deambulé de un lado para otro en espera de que llegara la noche. Mi visita al «Panam's» tenía que ser a partir de aquella hora.

Nadie me conocía en Chicago. Nadie, a no ser el teniente Carruters, conocía mi interés por aquel asesinato. Por lo tanto, si me comportaba con discreción, podía entrar y salir con absoluta tranquilidad.

Barry Gordon era el único que podía reconocerme, que me reconocería, ya que pensaba recurrir a todos los medios para poder hablar con él. Pero lo haría procurando encauzar la conversación de manera que no resultara en extremo desagradable y escabrosa.

Lamentando sinceramente la ausencia, en el «snack bar» del restaurante, de mi desconocida acompañante de unas horas, seguí yendo de un lado para otro, y de bar en bar, hasta que creí prudente encaminarme hacia la Michigan Avenue.

El «Panam's».

Allí estaba. Frente a mis ojos. Con sus letras luminosas a todo color. Con su pareja de engalanados porteros, que yo intuí «gangsters» al servicio de uno de los más inteligentes que había dado el Bronx neoyorquino.

Dejé el «Nash» junto a un magnífico «Chrysler» y entré.

La actuación debía haber terminado, ya que la pista circular estaba atestada de parejas de danzarines, mientras la orquesta negra interpretaba un «rock».

Miré por entre las parejas, hacia las mesas desocupadas, y después lo hice a la encargada del guardarropa que me sonreía, tal vez en espera de una propina posterior, aunque mi indumentaria de calle no cuadraba con la de etiqueta de las damas, ya que algún nombre hay que dar a algunas de las mujeres que circulaban por la pista, y a las que estaban sentadas en las

mesas, solas o acompañadas.

Miré con descaro el cuerpo perfecto y juvenil de la encargada, envuelto en mallas, caladas y negras, de cintura para abajo, hasta sus finos zapatos del mismo color.

Entregué mi sombrero a cambio de una ficha, pensando que mi salida de allí podía ser tan precipitada como para dejarlo intencionadamente olvidado.

Me encaminé hacia las mesas precedido de un obsequioso *barman*, pero no llegué a ellas.

Porque entonces la vi.

Sola.

Completamente sola, y en la no menos solitaria barra del mostrador situado al fondo del magnífico y lujoso *saloon*.

—Ya no hace falta la mesa —dije al *barman*—. Gracias. En la barra hay una amiga mía.

Pausadamente me encaminé hacia ella.

Marella Chian Lee.

¡Pero, qué Marella!

Su vestido de noche era blanco. Empezaba en la espalda, pero hacia abajo. La ancha capa que le llegaba poco menos que a la rodilla. Por delante, un poco más arriba de medio pecho. Lo demás encajes, pero no muchos.

Me sentí desconcertado ante tan exótica belleza. Había visto a muchas mujeres. Había besado a bastantes, pero ninguna me recordaba ni una mínima parte de aquella.

Me acerqué lentamente hasta situarme detrás de su espalda desnuda. Miré sus perfectos y redondos hombros. La alabastrina piel de sus brazos cubiertos por guantes blancos que le llegaban hasta el codo.

Sonreí.

—¿Me esperaba, *miss*? —pregunté.

Ni el más leve temblor estremeció sus hombros desnudos. Tampoco se volvió a mí en forma precipitada, sino que lo hizo lentamente hasta clavar sus herméticos y hermosos ojos en los míos.

—Buenas noches, míster Thorensen —dijo con su acostumbrado tono frío e indiferente—. ¿Me está espiondo?

Fue entonces cuando decidí llamarla Marella a secas, a ver si así lograba romper su impassibilidad de esfinge.

Sonreí.

—Nada de eso, Marella —repliqué mirando a la pista, dándome cuenta entonces de que el «rock» había terminado y que ahora la orquesta estaba empezando a tocar un bailable más en consonancia con mis gustos—. Pero si quiere saber lo que hago aquí, puedo explicárselo mientras bailamos. ¿Quiere?

Giró hacia la barra sin replicar, tomó el vaso que tenía frente a ella, bebió unos sorbitos y después se adelantó.

—Vamos —dijo.

La prendí por la cintura, y sin saber cómo me encontré llevándola entre mis brazos, notando que cedía a mi presión. Seguimos así hasta la mitad del bailable. Fue entonces cuando acerqué mi cara a la suya.

Casi en el acto, dijo sin cambiar de expresión, sin alterar el tono de su voz:

—Me está abrazando como un oso, Thorensen. Eso no está bien delante de tanta gente.

Le besé entonces en la oreja. No se estremeció siquiera.

Pero intentó apartarse de mis brazos, y la volví a besar suavemente mientras, en contraste con su fría actitud, una oleada de fuego me invadía.

Hecho esto, permití que se apartara, esperando que me dejara plantado en medio de la pista, pero no fue así.

Por lo tanto, continuamos en la encerada pista hasta que el bailable terminó. Después, llevándola del brazo, la conduje hacia la barra.

Él bebió otro poco y después me encaró:

—No vuelva a besarme, míster Thorensen. Sepa que usted ha sido el primer hombre que lo ha hecho, y no me gusta.

—Si es así, lo lamento. Lamento no haberla besado en los labios, Marella.

Seguía sin cambiar de expresión, y esto me desesperaba.

—De acuerdo con sus ideas —replicó—. Pero si alguna vez deseo ser besada por usted, yo misma se lo pediré. Yo misma le ofreceré mis labios para que lo haga.

Cuando quise salir de mi asombro y responder, me quedé de una pieza. Porque en el fondo, al otro extremo de la barra, subida a uno de los altos taburetes, con la falda a medio muslo, estaba mi desconocida amiga de la carretera.

Con su hermosa y provocativa fachada y su no menos hermoso pelo pelirrojo resaltando como una llama a la luz de las lámparas.

Mi mirada debió brillar de manera inusitada, o tal vez Marella viera algo extraño en la expresión de mi rostro, ya que giró el suyo y durante más de un largo minuto contempló a aquella provocativa pelirroja.

Se volvió a mirarme de nuevo.

—No creí que le gustaran esa clase de vampiresas, míster Thorensen —dijo.

—Me gustan todas —repliqué, adoptando un tono cínico—. Aunque usted más que ninguna. Pero tiene demasiados sucios dólares, preciosa.

Fue a contestarme, pero no la dejé. Le di un fugaz beso en los labios y me alejé aprisa, al encuentro de la pelirroja.

Se sobresaltó y volvió el rostro hacia mí. Ojos verdes, nariz un tanto

respingona, y en conjunto, maravillosamente bonita.

Clavé mis ojos en su escotado vestido, y después la miré de nuevo. La expresión era ahora la misma que yo recordaba de la carretera. Tenía miedo.

—¿Quién es usted? ¿Qué busca aquí?

Sonreí para tranquilizarla mientras fingía asombro.

—¡Cuernos! ¡Pues a una chica! Oye, ricura, tú eres lo bastante hermosa para gustar a cualquier tipo. Te vi y me acerqué. Por otra parte, conmigo siempre se está seguro de tomar una buena copa y de ganar unos cuantos dólares extras. Ahora, si te molesto, me largo y en paz.

Me miró largamente. Por unos segundos temí que ella se bajara del taburete, pero no lo hizo.

—¿Es verdad eso? —preguntó.

—¡Diablos! Oye, ¿se puede saber lo que te pasa?

Volvió a mirarme mientras yo procuraba sonreír para infundirle confianza, pensando acertadamente que dentro del «Nash» ella no había podido reconocerme. Por lo tanto, era difícil que recelara de mí.

—No, nada —replicó al fin, sonriendo, con lo que vi que toda ella era una pura perfección, ya que sus dientes brillaban de puro blancos—. Si es así, venga esa copa.

Ambos pedimos *whisky*. Luego, y poniendo en juego todos mis conocimientos en la materia, empecé a embromarla hasta que conseguí hacerla reír con toda franqueza.

Pero no hablé de lo que me interesaba hasta que hubo apurado su tercer *whisky*.

Tomé la mano que descansaba sobre su muslo y ella me miró, sonriendo.

—Oye, ricura —dije—. ¿Por qué no nos vamos a otro sitio donde podamos estar tranquilos? Aquí parece que hay mucha gente.

Sonríó de nuevo.

—Sé de uno, Mike —replicó.

—¿Dónde, Lina? —pregunté, sabiendo de antemano cuál iba a ser su respuesta.

—Te lo diré luego —replicó, saltando del taburete al suelo—. Espérame, ¿quieres?

Fingí amoscarme.

—¿Dónde vas? —pregunté.

—Supóntelo, querido —volvió a sonreír, y añadió:

—Al tocador de señoras.

—No tardes, Lina.

Y procuré dar a mí voz un tono convincente de impaciencia.

Se alejó contoneando las caderas, mientras que yo, siguiéndola con los ojos, hacía trabajar el cerebro.

Lina Hendrix. Una belleza pelirroja. Pero una belleza peligrosa, y mucho.

Al tocador de señoras. Aquello olía a trampa a una milla de distancia. Tal vez iba a avisar a su amor fijo, a algunos de los «torpedos» de Barry Gordon o a este mismo.

Barry Gordon. Había ido al «Panam's» con ánimo de verle, pero ahora me interesaba más la mujer.

Me interesaba todo lo que pudiera contarme de la carretera. Todo lo que pudiera, y si no era así, sabía cómo tratar a aquellas mujeres que eran infinitamente peores que los «gangsters» de baja estofa.

Sabía cómo obligarla, aunque me repugnara tener que hacerlo.

Miré a la sala. Los bailables continuaban. La barra estaba completamente vacía. Marella Chian Lee no se encontraba allí. Pero casi en el acto la vi, sentada en una de las masas, cara adonde yo estaba. Mirándome. Le dediqué una sonrisa y un guiño, pero su semblante permaneció con su habitual característica china.

La voz de Lina, viniendo de mi espalda, me sacó de mis pensamientos.

—¿Vamos, Mike?

Me volví encarándola y la prendí del brazo. Unos minutos después, la preciosa y poco vestida encargada del guardarropa me entregaba el sombrero. Di una generosa propia, tal y como esperaba, y sonrió mientras me daba las gracias.

Salimos a la calle, seguidos ahora por las miradas de los dos porteros.

—Tomaremos un taxi, ¿no?

—Tengo mi automóvil ahí mismo, ricura.

—¡Oh, Mike, eres un sol!

Pronto le parecería una tormenta, pero me guardé muy bien de decírselo.

Llegando al «Nash» me volví para contemplar la entrada del «Panam's» y ante mi estupor vi a Marella enmarcada en el centro de la puerta.

Pensé que la muchacha china se iba a su casa, pero lo que no supe hasta después, era lo que se proponía hacer. De haberlo sabido, tal vez las cosas en esta historia hubieran sucedido de distinta manera.

Abrí la portezuela y la ayudé a subir. En el acto lo hice yo frente al volante, pero antes de dar el encendido, Lina se arrimó a mí y me besó. Correspondí con ardor a la caricia, y mientras intentaba recuperar parte de su preciosa respiración, me dediqué a soltar el embrague, torcer el volante y enfilar la calle mientras preguntaba:

—¿Dónde vamos, ricura? Dijiste que sabías de un sitio.

—Pues claro, tonto. A mi apartamento. Allí podemos pasar unas cuantas horas agradables. Claro que si no lo deseas...

Precisamente era eso lo que deseaba. Un lugar completamente solitario. Sin nadie. Nada más que ella y yo. Un lugar donde poder interrogarla y

hacerla cantar sin testigos de ninguna clase.

Me dio las señas y apreté el acelerador todo lo que me permitían las leyes de tráfico.

CAPÍTULO VII

Un magnífico apartamento.

Coquetón y agradable. Y caro, a juzgar por los muebles.

Avancé hacia el «living» mientras ella cerraba la puerta, cosa que hizo en contados segundos.

Después oí su vivo taconeo detrás de mí, y antes de poder volverme, me enroscó los brazos al cuello por detrás.

—¡Oh, querido! —susurró.

Giré en redondo sin desprenderme del tibio dogal y la enfrenté. Después, mientras la besaba, la hice girar a mí vez, hasta que su espalda estuvo frente a las dos puertas que había al fondo del «living», ahora en línea directa a mis ojos.

Pero no sucedió nada de lo que esperaba. Nadie surgió por aquellas dos puertas, cosa que me decepcionó un poco. ¿Dónde estaba, pues, la trampa?

Cuando comprendí que Lina perdía la respiración la solté con el seno estallante, y después, sin contemplación alguna, la empujé hacia el sofá.

Se tambaleó un tanto, recobró el equilibrio y me miró. En sus ojos volvió a aparecer un ramalazo de miedo.

—¿Qué...? ¿Qué significa es...?

—¡Siéntate, ricura! —atajé fríamente—. Tengo que hablar contigo.

Obedeció, y noté claramente el esfuerzo que hacía por aparentar serenidad. Me asombré, ya que lo consiguió al punto. Después me miró, y sus ojos verdes semejabán dos puntitos fosforescentes.

—¿Qué significa esto, Mike? —preguntó ahora en forma coherente—. Creí que...

—¡Cierra el pico y escucha, ricura! —hice una pausa mientras sus ojos se achicaban aún más—. Te he traído aquí porque quiero hacerte unas cuantas preguntas sin testigos.

Se había tragado su miedo. Esto para mí estaba bien visible, ya que ni se estremeció ante mis palabras. O tal vez este era tan fuerte y oculto que yo no lo veía.

—¿De qué se trata, Mike?

La misma suavidad de su tono me puso en guardia. Miré en torno antes de replicar, pero excepto nosotros dos, el apartamento estaba vacío.

—Deseo saber, y sin mentiras, que te pueden costar algún que otro trompazo, lo que ocurrió la otra madrugada, sobre las dos y media a las tres, junto al Michigan. Te vi en la carretera. Si intentas negar te juro que... En fin, querida. Nunca me gustó golpear a una dama, pero estoy dispuesto a hacerlo ahora, en tu honor.

Me miró largamente. Durante minutos que parecieron siglos. Oí el «tic-tac» del reloj situado sobre una artística repisa.

Repentinamente estalló como una tormenta que quisiera arrasarlo todo.

—¡Maldito perro bastardo! Conque era eso, ¿eh? ¿Conque eres un maldito y sucio polizonte? Un inmundo pesquiza, ¿verdad? ¡Cerdo!

Avancé un par de pasos, y Lina, con el rostro crispado y el seno embravecido, se puso en pie.

—¡Cochino fisgón!

—¡Cierra el pico, ricura! —atajé avanzando más.

Ella calló mirándome por entre las entornadas pestañas.

Repentinamente bajó los ojos al suelo. Se miró sus maravillosas y bien acabadas piernas.

Lanzó un tenue grito y susurró:

—¡Oh! ¡Mis medias!

Antes de que me diera cuenta de lo que quería decir, Lina se levantó la falda y corrió la mano sobre el nylon. Vi las ligas y casi en el acto la pequeña automática del 22.

Rápido como una centella me lancé contra sus piernas, pero no llegué a tiempo ya que Lina disparó contra mí.

No me alcanzó por puro milagro. Después ya no pudo repetir el disparo.

Entré en contacto con ella. Tiré de sus finos tobillos y se vino al suelo lanzando los peores improperios que he oído en mi vida.

Mientras el sombrero era arrancado de mi cabeza por la pequeña bala, ambos rodamos por el suelo. Forcejeamos unos instantes y después nos pusimos en pie casi al unísono.

Lina intentó apuntarme de nuevo, pero esta vez fui más rápido. Con la izquierda la prendí por la muñeca armada y con la derecha, empleando el canto, golpeé una sola vez. Mientras la automática se desprendía de sus dedos, la golpeé de nuevo con el dorso de la mano en plena boca.

Soltó un grito y cayó al suelo con la ropa en la cintura y las magníficas piernas apuntando al techo. Intentó levantarse y caí sobre ella como un huracán.

Seguí forcejeando hasta que la inmovilicé en el suelo. Acercando mi cara a la de ella susurré:

—Será mejor que te estés quieta, cariño.

—¡Maldito perro...!

No pudo decir más. Mi boca estaba tapando la suya de labios partidos. Forcejeó unos segundos y repentinamente quedó quieta.

Después, un rato después la solté para llevarla al sofá, prendida por la cintura. La dejé en él y busqué algo de beber en el mueble bar. Hecho esto, llevando un vaso en cada mano, la enfrenté.

Me estaba mirando mientras arreglaba lo mejor que podía el desaliño de su ropa, con los ojos brillantes cargados de rencor.

—¡Sucio! —susurró mientras alargaba la mano para tomar uno de los vasos.

Me senté frente a ella. Bebí un poco y pregunté:

—Hablarás, ¿no?

Miró en torno, y ahora vi brillar otra vez el miedo en sus ojos.

Aun así, vaciló unos cuantos segundos.

—¿Qué quieres saber, bastardo?

—Todo, pero antes quiero advertirte, preciosa, que si sigues insultándome, voy a ponerte la cara que ni tú propia madre te reconocerá después. ¿Entendidos?

Vi su deseo de insultarme de nuevo, pero no lo hizo.

—¿Qué hacías aquella noche en la carretera, ricura?

—Estaba esperando a un amigo. Me citó allí para...

Me puse en pie, y antes que se diera cuenta la abofeteé un par de veces. Su cabeza vino a chocar contra el respaldo del sofá, y por unos momentos tuve la casi seguridad de que su firme seno causaría algún trastorno a su dueña.

Pero no ocurrió nada. La tela resistió perfectamente.

Permanecí en pie mirándola ceñudo.

No decía nada. Sollozaba tanto de miedo como de dolor. Repentinamente se me ocurrió una idea.

Giré en redondo hacia donde estaba el teléfono.

—En fin, cariño —dije—, tú lo has querido.

Y levanté el auricular.

Ella corrió hacia mí echándome los brazos al cuello.

—¡No! —susurró—. Eso no... Hablaré, lo diré todo.

—De acuerdo —dije depositando de nuevo el auricular en la horquilla—. ¡Habla!

—Yo... no sé nada. Quiero que me creas, Mike. Verás, mi amigo me llamó. Dijo que hacía falta mi presencia para hacer un trabajo. Salí del «Panam's» y me reuní con ellos en la puerta del club. Allí le pregunté qué quería de mí. Fue parco en explicaciones. Me dijo que obedeciera y no preguntara. Me hizo subir al automóvil, que después supe era robado, y me llevaron a la carretera a orillas del lago. Vi cómo descendían un bulto arrollado en unas mantas y tuve miedo. Esa es la verdad. Mi amigo me dijo que vigilara la carretera por si venía alguien a interrumpirles. Eso es todo lo que sé. Te digo la verdad, Mike. ¡Yo no intervine en la muerte de Margot Rian! No, Mike. No intervine —me miró completamente asustada, ya que yo seguía manteniendo la mano encima del auricular del teléfono—. No, Mike. Yo no sabía nada hasta que leí los periódicos. Hasta que oí algunas conversaciones sueltas.

—¿Quién ordenó el asunto a tu amigo?

—No... no lo sé. Te estoy diciendo la verdad.

—Bien, tu amigo... ¿es tu amigo o...?

—¿Para qué cuernos preguntas si ya lo sabes, Mike?

—¿Cómo se llama? ¿Dónde puedo encontrarle?

—¡Mike! Si te lo digo me matará tan pronto como se entere.

—Y si no lo haces, llamaré al teniente Carruters de la Brigada de Homicidios. Puede que con él no lo pases tan bien como conmigo, ricura.

—Yo... ¡Estoy segura que él no lo hizo, Mike! ¡No! Eso es cosa de... de esa otra. Estoy segura de que fue esa china a quién el diablo confunda. De esa muñeca de porcelana. De Marella Chian Lee.

Me quedé de una pieza.

—¿Qué diablos estás...?

Su súbita carcajada, un tanto histérica, me interrumpió:

—¡Vaya! —exclamó cuando la risa la dejó hacerlo—. ¡Y yo que le creí un fisgón demasiado inteligente! Ahora resulta que no sabe nada. Claro que la mató esa china. Apostaría el cuello a que es así. Ella, esa perra, es la amante de Al H. Rian, el marido de Margot. ¡Ande, pesquisa! Investigue eso y vea si es verdad. Y si no, ¿para qué diablos tiene ella un apartamento en Park Avenue? Un apartamento para ella, sin que su padre sepa nada. Ella le mató. Tal vez la Rian descubrió el pastel, la llamó, discutieron y la china le metió un balazo en la cabeza. Luego, nada más fácil que llamar a unos cuantos «torpedos», destrozarse su cabeza para extraer la bala con objeto de que el Departamento de Balística no pueda probar nada, y ya está.

Era una posibilidad.

Era el mejor razonamiento que había oído en mucho tiempo. Pero había que probarlo. De lo contrario, mi muchacha china seguiría burlándose de todos.

De mí en particular.

Pero había algo más. Aquella lagarta que tenía enfrente podía estar mintiendo con el deliberado propósito de obligarme a encauzar mis sospechas hacia otra parte.

Yo la había visto en la carretera la noche del asesinato. Había disparado contra mí, tirando a la cabeza. Mi sombrero, todavía en el suelo, era una muda prueba de ello.

—Todo eso puede que sea verdad, preciosa —repliqué—. Pero, ¿qué me cuentas de tu amigo? Aún estoy esperando que me digas su nombre y sus señas. ¿Quién es? ¿Para quién trabaja?

Me miró entornando los ojos.

—Si te lo digo me matará.

—Tienes tres minutos para hacerlo, cariño. Si no es así, llamaré a la policía, o en todo caso, me estaré aquí hasta que venga. Supongo que lo hará como todas las noches, ¿no?

—Jimmy no vive aquí, conmigo, Mike. Y es todo cuanto puedo decirte.

—De acuerdo, querida. No olvides que tú lo has querido.

Levanté el auricular y empecé a discar. Con un torrente de maldiciones ella me dio las señas de Jim Duryea, y me dijo para quién trabajaba habitualmente.

Con aquello, una de mis sospechas tomaba el carácter de certidumbre.

Me agaché entonces, después de devolver el auricular a su sitio, tomé mi sombrero del suelo y acto seguido, con el pañuelo, la automática que ella había usado contra mí.

Bien envuelta, la guardé en el bolsillo.

—¿Qué... qué intentas con mi pistola, Mike?

Sonreí cariñosamente.

—La guardaré como un recuerdo. Ahora, si eres lista, si es verdad que nada has tenido que ver en ese asesinato, lárgate de Chicago y busca otros aires mejores. Supongo que, después de esto, tu amigo intentará encontrarte para meterte lo menos media docena de balas en el estómago, preciosa.

No replicó. Intentó desviar los ojos hacia otro lado, pero yo había visto el súbito temblor que brilló en ellos.

Sin más, me encaminé a la puerta. Ella vino detrás para después pasar delante. La abrió. Entonces la tomé de la cintura y la bese fuertemente en la boca.

—Como recuerdo y a cambio de ese juguete del 22, querida —dije después de soltarla.

Salí.

—¡Perro bastardo! —susurró antes de que yo alcanzara el ascensor.

Fue un tenue susurro, pero no tan quedo como para que no la oyera con absoluta claridad.

Segundos más tarde, me encontraba en plena calle, donde encendí un cigarrillo. Lentamente avancé hacia el lugar donde había dejado aparcado el «Nash».

CAPÍTULO VIII

Recién llegaba al centro de la calzada cuando se desarrolló el ataque. De manera tan rápida y fulminante que no les vi llegar hasta que tuve al primero de los cuatro junto a mí.

Algo relumbró por encima de mi cabeza. Vi la sombra y de manera instintiva esquivé. Aun así, el trozo de plomo, manejado por uno de los «torpedos», me alcanzó en la parte superior del hombro.

Caí de rodillas lanzando un gemido, y entonces vi a los otros tres. Ninguno de ellos llevaba más plomo en las manos, pero era exactamente igual. Llevaban porras de goma.

El trozo de plomo silbó de nuevo. Giré locamente sobre el suelo, pero no pude evitar que me alcanzara en el brazo. Un agudo dolor me subió por él hasta el mismo cerebro, dejándomelo completamente inmovilizado.

Los otros estaban muy cerca. Confusamente me pareció oír el zumbido de un motor. Luego el chirriar de los frenos. Las porras y el plomo se alzaron de nuevo sobre mí mientras hacía esfuerzos por huir como fuera, intentando mover el brazo para extraer la «Magnum».

Aquella vez ninguno de ellos llegó a tocarme. Súbitamente tronó un disparo. El «gangster» que usaba el trozo de tubería a modo de maza, dio un traspié, el plomo se le desprendió de la mano y él rodó por el suelo con un balazo en la nuca.

La desconocida automática tronó de nuevo, y el más cercano a mí se dobló por el centro, soltó la porra de goma y cayó casi encima de mi cuerpo. Me lo sacudí de encima tan pronto pude mientras los otros dos, soltando las porras para llevarse las manos de las axilas, encaraban el lugar de donde provenían los disparos.

Me puse de rodillas y extraje la «Magnum». Disparé dos veces. Uno de los «torpedos» cayó, pero erré al otro, cosa nada inexplicable ya que tuve que sujetar la automática con las dos manos para poder emplearla con alguna eficacia, debido a que siempre he sido una nulidad para disparar con la izquierda.

Le vi correr hacia la esquina y corrí a mí vez, tambaleándome, en pos de él.

Pero cuando llegué, solo pude ver la sombría masa de un coche, con las luces pilotos completamente apagadas, doblar por una de las esquinas de la cuadra inmediata.

Ni siquiera tuve tiempo de saber si se trataba del mismo que dos noches antes había visto en la carretera a orillas del lago.

Siempre tambaleándome, como si estuviera ebrio, con un dolor

insoportable en el brazo y el hombro, volví sobre mis pasos, buscando ahora a mí desconocido salvador.

No llegué a avanzar mucho. Súbitamente, a escasas yardas de donde me encontraba, vi la silueta de una mujer que avanzaba aprisa hacia mí, llevando una automática de pequeño calibre en la mano derecha.

—¿Qué hace usted aquí? —fue lo que pude articular cuando llegó a mi lado.

Marella Chian Lee no replicó a mi pregunta, pero sí apremió:

—Vamos, aprisa, míster Thorensen. Esto no tardará en estar invadido por la policía. Venga conmigo. Le llevaré en mi automóvil.

Incapaz de razonar con claridad, pero al mismo tiempo pensando que mi muchacha china tenía razón, la seguí hasta el «Alfa Romeo». Subí sin decir palabra y ella arrancó en el acto.

Tan solo cuando tomó la curva en la esquina inmediata reparé en una cosa.

—Es inútil que vaya con usted, Marella. La policía solo tardará horas en averiguar que ese desaguisado de la calle es obra mía.

Siguió conduciendo sin aparentar haberme oído. Cuando esperaba que daría la llamada por respuesta preguntó:

—¿Por qué?

—Es bien sencillo. Tengo el «Nash» aparcado ahí mismo. Y ahora, ¿quiere decirme qué papel representa usted en todo esto, Marella?

Con la vista perdida al frente replicó, con la misma frialdad de siempre:

—El papel de mamáita. Las madres siempre ayudan a los hijos descarriados. Aunque no debí hacerlo. Era el justo precio que debía usted pagar por una mujer como esa.

—¡Vete al cuerno, Marella! Y ahora, llévame donde tengo el automóvil.

—No sea imbécil, míster Thorensen —replicó sin alterarse lo más mínimo—. De la forma como le han dejado aquellos dos, no creo que pueda conducir. Por lo menos con la suficiente pericia.

No repliqué.

Preferí pensar en todo aquello. En ella misma, y en las palabras que me había dirigido Lina a tal respecto.

Conque nada menos que Al H. Rian. Un buen pez. Abogado de los negocios, posiblemente sucios de Chian Lee; amante de su hija, y marido de Margot.

Un buen coctel de pasiones y celos.

Sí, eso podía ser motivo para el crimen. Pero también podía haber otro.

Podía ser Marella la asesina. Tal vez, como dijo Lina, Margot descubrió el pastel y ella la mató. Pero si era así, ¿a qué diablos me ha salvado a mí de caer en una emboscada, que si no iba a significar mi muerte, sí me iba a retener fuera de la circulación una buena temporada?

Pero existían dos posibilidades más.

La primera los negocios de Chian Lee. Tal vez fueran sucios. Un negocio como el suyo podía dar como resultado varias ramificaciones y todas ellas bastante lucrativas. Tal vez Margot se enteró de algo, quiso comunicármelo y la mataron por eso, o porque después se arrepintiera pensando que, haciendo un poco de chantaje, sacaría más tajada que hablando conmigo.

El premio había sido un balazo en la cabeza.

Había otra.

Margot Rian tenía un, amigo. Marella misma lo confirmó aunque se negó a decirme quién era. ¿Barry Gordon acaso?

Si era así, ¿por qué la mató o mandó matarla el antiguo «gangster»?

Repentinamente interrumpí mis divagaciones al darme cuenta de que el «Alfa Romeo», obedeciendo a la mano que lo conducía, acababa de entrar en Park Avenue.

El corazón me dio un vuelco cuando las palabras de Lina Hendrix golpearon con más fuerza que nunca en mi cerebro.

Sumido en un mar de conjeturas, pregunté:

—¿Dónde me lleva, Marella?

—A mi apartamento, aunque confieso que debí dejar que fuera otra quien le curara ese brazo. Debe dolerle mucho, ¿verdad?

Apenas oí sus últimas palabras.

—¿Su apartamento? Yo creí que...

—En mi casa vivo solo oficialmente, míster Thorensen. Entre negocios, visitas, papelotes. Así lo hice durante cierto tiempo. Después sentí la imperiosa necesidad de un retiro y alquilé este deseando evadirme de todo. Aunque mi madre era americana, no olvide que soy china. Necesito algo de allí para poder vivir. Es bien sencillo, ¿no? Aunque no sé para qué tengo que darle a usted esa explicación.

«Porque tienes miedo, Marella».

Esto me lo dije a mí mismo, mientras dejaba sin réplica sus palabras.

Unos minutos más tarde, Marella maniobraba para introducir el «Alfa Romeo» en un garaje situado, según supe después, en una cuadra más abajo de donde vivía.

Vi cómo daba una generosa propina al encargado de la noche, y cómo después se acercaba a mí para, acto seguido, prenderme por el brazo izquierdo.

El simple contacto de sus finos dedos, aunque seguían cubiertos por los guantes que llegaban hasta el codo, me electrificó comunicando a mi cuerpo un extraño fuego.

Subimos en el ascensor, y no pude evitar un respingo cuando ella encendió las luces. En el interior del «living» me hizo la impresión de encontrarme dentro de una de las páginas de las «Mil y una Noches». Completamente amueblado a estilo oriental, daba la sensación de que uno se encontraba en pleno Oriente, y no en Park Avenue de Chicago.

Me condujo al «living» y me indicó dónde estaban el frigorífico y las bebidas.

—Creo que podrá servirme y servirse algo con una mano, míster Thorensen —dijo—. Mientras tanto voy a ponerme cómoda.

La vi entrar en una habitación. Supuse que sería su dormitorio y entonces me encaré hacia las bebidas.

Justamente cuando me volvía hacia la mesa ratona para depositar los vasos con *whisky*, ella apareció enmarcada en la puerta.

En el «Panam's» me cortó el resuello, pero aquello era mucho peor. Iba enfundada en una especie de «kimono» de seda natural, bordado primorosamente de dragones con algunas cabezas de más, por cuyas horribles bocas surgían torrentes de fuego.

Adiviné que nada más.

Bien poco, pero lo suficiente para trastornar hasta lo indecible a cualquier hombre.

Avanzó lentamente y se dejó caer sobre el sofá. No cruzó las piernas.

Instintivamente alargué la mano izquierda, tomé un vaso y se lo ofrecí.

Sonrió.

Fue la primera vez que lo hizo desde que la conocía. Confieso que me sentí asombrado.

Marella tenía la sonrisa más bonita y prometedora de cuantas mujeres conocía.

—Gracias. Pero debe dejar el vaso sobre la mesa, míster Thorensen. El mío y el suyo —dijo ante mi sorpresa.

Los solté tal y como me indicaba y la miré.

Marella se había puesto en pie y me miraba a su vez. También vi que sus ojos brillaban un tanto. No tuve tiempo para más ya que se acercó y puso sus manos sobre mis hombros, envolviéndome en su sutil y diabólico perfume oriental.

—Va a estar ocupado por unos momentos en una tarea más agradable —añadió.

—¿Más agradable? No entiendo, Marella.

Pero mentía. Creí entenderla bien.

Y más cuando se empinó sobre la puntera de sus piecitos con la roja boca entreabierta. Ofreciéndome los labios.

—Le dije en el «Panam's» que si alguna vez deseaba ser besada por usted...

No añadió más. Repentinamente sentí el fuego de su boca, y me pregunté si los dragones simbólicos que llevaba bordados en el «kimono» le estaban transmitiendo a toda ella el fuego que había en sus bocas.

Deslicé el brazo izquierdo por su estrecha cintura y correspondí a la caricia mientras mi cerebro me decía que estaba intentando prenderme en sus redes, como lo había intentado Lina Hendrix.

De aquella nueva forma resultaba mucho más peligrosa que con su frialdad anterior, con su hermetismo.

Pero mis ideas se ofuscaban. Dejé entonces de besarla para acariciarla, hasta que mucho después, logré recobrar la cordura.

La rechacé con fuerza, aunque no con tanta violencia como aquella misma noche lo había hecho con Lina.

Dio un paso atrás, vacilante, y sus ojos reflejaron unos segundos la sorpresa que sentía. Después se mostró tan impasible como siempre.

No me tuteó al preguntarme:

—¿Qué le ocurre, Mike?

Sonreí torcidamente y tampoco la tuteé al replicar:

—Nada, a no ser que espere que la sorprenda alguien, al que no le gustaría verla abrazada a otro hombre.

Por primera vez su impasibilidad se rompió, aunque fue levemente. Sus ojos mostraron un inusitado brillo.

Luego preguntó:

—¿Qué trata de darme a entender, Mike?

Reí fríamente.

—Escuche, ricura. No crea que no sé cuál es el juego. Está intentando engatusarme como a un novato, cosa que no es posible. ¿Para qué diablos necesita mis caricias estando por medio H. Rian? He sabido esta misma noche que el marido de Margot era amante de usted. Ahí tiene un buen motivo para asesinato. Margot descubrió el pastel, ¿verdad? Ahora, Mare...

Su súbita carcajada me sorprendió tanto que me corté en seco para verla, para oírla reír. Porque aquello era aun peor que su sonrisa hermosa y provocativa.

Repentinamente, y sin dejar de hacerlo, se dejó caer sobre el sofá y cabalgó una pierna sobre la otra. Vivamente aparté los ojos hacia otro lado, ya que aquello era mucho más de lo que un hombre cabal es capaz de resistir por sus propios medios.

No pareció darse cuenta de que su «kimono» se había abierto, ya que continuó riendo hasta que le faltó el resuello. Entonces fue su seno el que acusó decididamente el impacto de la respiración.

—Escuche, míster Thorensen —dijo después que se hubo serenado un tanto, mientras me atrevía a mirarla por primera vez, para ya no apartar los ojos de aquella maravilla de mujer—. ¿Conoce usted a H. Rian? No, ¿verdad? Pues vaya a verle. Cuando le conozca, comprenderá lo absurdo de esa acusación. Se necesita ser imbécil para creer que ha habido o hay un «affaire» entre el esposo de Margot y yo. ¡Completamente absurdo, míster Thorensen!

Por unos segundos no supe qué contestar.

CAPÍTULO IX

—Completamente absurdo, querido —añadió en vista de mi silencio. Recapacité unos segundos.

—Todo lo absurdo que usted quiera, Marella —repliqué después de un breve intervalo de silencio—. Eso según usted, pero ese no es mi criterio. Alguien y por algo mató a la Rian, ¿comprende?

—Sí, comprendo. Así como también comprendo que usted está, o cree estar, completamente seguro que fui yo, ¿no es así?

—¿Y por qué no? —repliqué a mí vez—. Primero está ese punto de Al H. Rian que naturalmente usted niega, Marella. Después están los negocios turbios de su padre. De Chian Lee.

Perdió su impasibilidad de esfinge en un segundo y me congratulé de ello.

Se puso en pie de un salto.

—Mi padre tiene completamente probada su honradez, míster Thorensen —replicó secamente—. En eso y en todo cuanto ha hecho en la vida.

—Mire, muchacha —repliqué fríamente—. No trate de engañarme que no lo conseguirá. Soy capaz de tenerla tranquilamente en mis brazos, y después, la entregaría al verdugo si consiguiese probar que es cierto todo lo que sospecho.

Me miró largamente sin cambiar ahora de expresión.

—Estoy segura de que lo hará, Mike —replicó llamándome ahora por mí nombre de pila—. Y... Pero... ¡Oh! Nos estamos olvidando de lo principal —se puso en pie, con lo que el «kimono» recobró su primitiva posición, cosa que lamenté sinceramente, y vino a mí—. ¡Su brazo, Mike! Vamos, sea buen chico y déjeme que le vea. Ande, le ayudaré a quitarse la chaqueta.

Me vi obligado a obedecer. Con la chaqueta en la mano fue a su dormitorio, donde la dejó para reaparecer ante mí al cabo de pocos minutos.

—Vamos al cuarto de baño. Allí le curaré.

La seguí como un autómatas, pensando que de nuevo me estaba dejando sugestionar por aquella belleza sin par.

Me obligó a quitarme la corbata y la camisa y con dedos que me parecieron expertos examinó las moraduras de mi hombro y mi brazo.

—Podía haber sido peor —dijo— aunque aún tardará algunas horas en poder mover el brazo con entera libertad. ¿Quiere esperarme aquí, Mike?

Dije que sí y me dejó solo. En el transcurso del tiempo que tardó en

reaparecer, mis pensamientos formaron un horrendo torbellino en la estrechez de mi mente.

Llevaba vendas y algunos cachivaches entre las manos.

—Voy a darle unas friegas de esto —dijo mostrándome uno de los frascos—. Y por si no lo sabía, y para que tenga confianza en mis conocimientos médicos, le diré que he cursado los estudios de enfermera y he ejercido durante toda la guerra en un hospital de sangre de Pekín.

No repliqué. ¿Para qué?

Podía ser una presunta asesina. Una asesina en potencia. No hacía mucho, yo mismo, y por causa mía, la había visto matar con la mayor sangre fría a dos hombres; pero sus manos eran de seda, aunque me hizo bastante daño.

Mientras me daba masajes en el hombro y brazo pregunté:

—¿Quiénes eran los hombres que me atacaron a la salida del apartamento de Lina Hendrix?

Ni el más leve movimiento en sus manos me dijo si mi pregunta la había afectado o no.

—No les reconocí, Mike. Pero apostaría que ella fue quien les avisó. Vi cómo se separaba de usted unos cuantos minutos en el «Panam's». Si para entonces tenía ya concertada la cita con usted, en aquel momento pudo dar el aviso. Pero, ¿por qué?

El razonamiento, la sospecha de Marella, era la misma que la mía. Pero, como decía ella, ¿por qué?

—No lo sé. Pero dejemos eso, Marella. Quiero volver a preguntarle algo. Pregunta que ya formulé una vez, sin resultados. ¿Quién era el amigo de Margot Rian?

Me miró mientras me vendaba el brazo después de las friegas.

—Creo que tuvo tiempo de averiguarlo anoche. Sin embargo no lo hizo a causa de esa preciosa pelirroja. Es muy hermosa, ¿verdad?

—Lo es —asentí sin mentir—. Pero no es por ahí, preciosa. Me la llevé engañada para sacarle una información. Creo que lo conseguí.

—¿Se refiere a mí probable «affaire» con H. Rian? ¡No sea ridículo, Mike!

—Bien, supongamos que la creo. ¿Por qué no me dice la verdad? ¿Por qué no me cuenta todo lo que sabe?

—Sería muy larga la historia, Mike —replicó—. Y ahora, lo único que deseo es beber un poco, y hablar de nosotros. Ande, sea buen chico, no pregunte más, póngase la camisa y acompáñeme al «living». Todavía no sé el gusto que tiene el *whisky* que me ha preparado.

Terca como una vieja mula.

Nada había que hacer con ella, pero yo tenía unas cuantas ideas que pensaba poner en práctica cuanto antes. Puede que cuando acabara con ella, no se sintiera tan segura de sí misma.

Deseaba pensar y hablar de «nosotros». Me gustaba el juego. Pero Marella Chian Lee iba a comprobar por sí misma la verdad de mi aseveración cuando afirmé que, en un caso dado, sin remordimientos de conciencia, la llevaría al verdugo si hacía falta.

Me ayudó a vestirme y la acompañé al «living». No se sentó. Tomó un vaso y bebió un par de veces, con lentitud, mirándome atentamente con sus inexpresivos ojos.

—No se fía de mí, ¿verdad, Mike? —preguntó repentinamente.

Bebí yo también antes de replicar:

—No. Esa es la verdad.

—¿Por qué se ha metido en esto? Usted, Mike, y según declaró en nuestra primera entrevista, es periodista y no policía. ¿Por qué?

—Creo que es mi obligación, Marella.

—¿Por causa de Margot?

—Sí.

—¿Qué le hizo? ¿Le obligó a tomar una droga?

—Tal vez. En todo caso, está muerta. La mataron, ¿verdad? ¿Para qué hablar de esto ahora?

—Sí, creo que tiene toda la razón, Mike —soltó el vaso sobre la mesa ratona y sus manos fueron a mí cuello—. Creo que voy a dejar que me bese de nuevo, Mike —terminó mientras yo sentía la caricia de sus dedos en mi nuca.

Después fue su boca. Luego la noción de las cosas se perdió por entero dentro de mi mente.

Una muchacha china.

Una maravillosa estatua aunque no de porcelana. Con tanto fuego como los dragones que llevaba bordados en su «kimono».

Una muchacha a la que yo, si podía, iba a llevar a la cámara de gas sin un solo remordimiento de conciencia.

Fue en lo último que pensé.

★ ★ ★

Marella depositó la llave del apartamento encima de la mesita, en el «living» sobre las diez de la mañana del día siguiente.

Vestía traje de calle.

—Voy a casa, Mike —dijo—. Desde allí procuraré averiguar lo que opina o lo que sabe la policía de lo ocurrido ayer frente a la casa de esa pelirroja.

Aquello me dio pie para formular una pregunta que no hice la noche anterior:

—¿La conoce de antes, Marella? Me refiero a Lina Hendrix?

—La he visto infinidad de veces en el «Panam's». ¿Por qué?

—Ella tiene un amigo. Uno de los «torpedos» que posiblemente militan

a las órdenes de Barry Gordon. ¿Le conoce usted?

Me miró con los ojos entornados.

—Creo que es un tal Jimmy. Pero creía que le había sacado toda la información que precisaba. ¿O no es así?

—Me lo dijo. Incluso sé dónde encontrar a ese tipo, pero no me fiaba. En cuanto a Barry Gordon, es muy posible que hoy mismo le haga una visita.

Nada en su rostro me demostró si se sentía afectada o no.

—¿En su casa?

—Sí, ¿por qué no?

—Compraré hoy mismo una corona de flores, Mike.

—Gracias. Y dígame: ¿qué negocios tiene en común con Chian Lee? ¿Estupefacientes? ¿Drogas?

Entrecerró los ojos unos segundos.

—Estoy pensando que es usted un cerdo, Mike —replicó fríamente.

—No hace falta que lo piense ni le dé vueltas a su linda cabeza por ello, Marella. Sé que lo soy. Pero diga, ¿qué es?

—¿Por qué no se lo pregunta usted mismo a Chian Lee, Mike?

—Puede que lo haga en cualquier momento, ricura —repliqué, completamente convencido de ello.

Giró hacia la puerta del apartamento y seguí tras ella. Sin abrirla se enfrentó conmigo y me ofreció los labios.

La besé largamente, siempre con la misma sensación de inseguridad. Siempre con la sensación de que se estaba divirtiendo conmigo.

Al fin se separó, y mientras respiraba fuertemente me encaró.

—Te dejo la llave del apartamento, Mike —dijo tuteándose súbitamente—. Es necesario que por ahora no aparezcas por tu hotel. Aquí no te encontrará la policía. Yo voy a hacer algunas discretas averiguaciones respecto al «Nash». Puede que la policía aún no lo haya relacionado contigo —entornó los ojos y sonrió—. Te estoy tuteando porque estimo que es ridículo no hacerlo después de lo ocurrido entre los dos, querido —abrió la puerta sin dejar de mirarme—. ¡Ah! —añadió—. Me olvidaba de algo. De paso me voy a llegar a visitar a H. Rian. Quiero, sin que lo sepa papá, al menos por lo pronto, que saque una licencia matrimonial. Espero que no te negarás a casarte conmigo.

Me cogió en mi propia trampa.

—¡Qué diablos...! —mascullé entre dientes—. No me casaría contigo, con una supuesta asesina así lo mandara...

—¡Oh, querido! No lo mandará nadie. Lo haremos de mutuo acuerdo. A papá Chian Lee no le agradaría saber que has pasado una noche aquí. ¿Comprendes? Es muy capaz de enfadarse de veras.

Salió dejándome completamente confuso, y más que confuso furioso por mí estupidez. Me había cogido en una trampa. Marella sabía cómo yo la

tan cacareada ley de que un marido no puede declarar contra la esposa y viceversa.

Sonreí mucho después.

Todavía no estaba casado con ella, ni posiblemente lo estaría nunca, aunque si quería zafarme definitivamente de sus brazos tenía que obrar aprisa.

Fue entonces cuando se me ocurrió aquella idea.

Levanté el auricular del teléfono. Pedí a la operadora larga distancia, y di el número del «Mirror» en Nueva York. Diez minutos más tarde estaba comunicando con el viejo.

—Preste atención y no me interrumpa —fue lo primero que dije. Después relaté todo lo sucedido desde mi llegada a Chicago y pedí—: Quiero saber toda la vida y milagros de la obra de Richard de Barry Gordon. Se encuentra aquí y sospecho que anda metido en todo este jaleo.

Di las señas del apartamento, y aún continué hablando largo rato sin preocuparme ni poco ni mucho de la cuenta que presentaría la compañía de teléfonos. Después de todo, no estaba a mi nombre.

Colgué cuando conseguí ponerme completamente de acuerdo con el viejo. Tomé el sombrero, mirándolo desde todos los ángulos imaginables, y después lo dejé donde estaba.

Un sombrero con un agujero de bala puede o no llamar la atención. Pero lo abandoné por si sucedía lo primero.

Salí a la calle llevando en el bolsillo trasero del pantalón la automática del 22 que le arrebatara a la Hendrix, y en la funda de la axila la pesada «Magnum» de reglamento.

Moví el brazo. No me dolió.

CAPÍTULO X

Compré un periódico al primer vendedor callejero que encontré. La noticia estaba allí.

La reseña, el relato que hacía el periodista de lo ocurrido, o mejor dicho, del hallazgo de tres cadáveres en medio de la calle, era bueno. Pero había algo más. El teniente Carruters, de la Brigada de Homicidios, había descubierto el «Nash» tal y como yo sabía que ocurriría.

El periodista daba las letras y número de matrícula. Con aquello era bastante para que el dueño, el que me lo había alquilado, fuera al Precinto y diera mi nombre.

De ahí, no había nada más que un paso para que la policía viniera en mi busca. A pesar de sus extrañas ideas sobre el matrimonio, no tenía más remedio que agradecerle a Marella el que me hubiera dado las llaves del apartamento.

Tomé un taxi y di una dirección.

Arrellenado cómodamente en el respaldo del asiento posterior, di suelta a mi imaginación.

Adivinaba lo que estaba haciendo el teniente Carruters con el «Nash». O lo que habría hecho, ya que a aquella hora de la mañana habría terminado con él.

Los muchachos del Departamento de Huellas habrían trabajado de lo lindo. Menos mal que yo no tenía ficha, pero, si era listo, le bastaba mandar una copia de huellas a la redacción del «Mirror» en Nueva York, para saber a qué atenerse con toda certeza.

Una cuadra antes de llegar detuve el taxi, pague y me apeé.

Un barrio extremo de Chicago.

Un barrio mucho peor que el Bronx o la calle Hudson de Nueva York.

Había poco ajetreo a aquella hora.

Me acerqué a un bar.

Pestilente, sucio, pequeño. Una tasca de mala muerte.

Tres o cuatro clientes, entre los cuales descollaba una rubia oxigenada que en sus tiempos fue hermosa, que ahora solo se podía mirar de rodillas para abajo, ya que seguía teniendo buenas piernas. Callaron al verme entrar.

Hice como que no me daba cuenta.

Me acerqué a la barra.

El tipo que había detrás del mostrador, gordo, fofo, y tan pestilente y sucio como el resto del local, se acercó a mí arqueando una ceja.

Frunció el ceño y preguntó de mal talante:

—¿Qué quiere usted?

No me gustó su tono, y además suelo tener poca paciencia. Por lo tanto, aquella vez no iba a ser la excepción de la regla.

Contesté:

—Un *whisky*, pero en mi vaso limpio, amigo.

La cara del hombre se contrajo.

—¿Quiere decir que...?

—No lo están, a juzgar por lo que veo —retruqué.

—Escuche...

Me acomodé en la barra poniendo los codos sobre la misma con grave riesgo de mi americana.

—¿Me sirve ese *whisky*, sí o no?

Me miró de pies a cabeza. Le adiviné la intención de tomarme por el cuello y los fondillos del pantalón y lanzarme de cabeza a la calle, pero pareció pensarlo mejor.

—De acuerdo, se lo serviré —dijo.

Limpió el vaso a conciencia antes de hacerlo.

No pude por menos de sonreír. El tipo me tomaba por uno de la «bofia». No le desengañé.

Probé un sorbo con ánimo de escupir en el suelo, pero el *whisky* era bueno. El tipo no se apartaba de frente a mí. Pregunté, después de soltar el vaso sobre el mostrador:

—¿Dónde puedo encontrar a Jimmy Duryea?

Arqueó tanto las cejas que estas tomaron contacto con su pelo.

—No sé de quién me está hablando.

Apagué la voz hasta convertirla en un leve susurro.

—Escuche, amigo. Tengo que darle un recado urgente. Hablé anoche con su chica. Con Lina, ¿entiende? La chica está en un apuro, y no me extrañaría que si la pesca la policía nos meta a todos en un lío. Sé dónde vive Jimmy. Lo único que quiero es que me diga si está en su casa.

El bar estaba a menos de media cuadra de la casa donde vivía el «torpedo». Por lo consiguiente nada había de extraño en que me expresara de aquella manera. Tanto él como a la chica, aquel tipo tenía que conocerles.

—Le he dicho que no sé de qué me habla, ¿entiende? —se volvió para encarar a la clientela—. ¡Eh! tú, Donna! —la mujer apartó los ojos de mi rostro y miró al hombre—. ¿Conoces a un tal Jimmy Duryea?

—A mí qué me importa quién pueda ser ese. No pregunto a nadie quién es ni qué busca ni a...

—Bueno, ricura —repliqué— poco importa —miré al hombre—. De acuerdo —dije—, pero si luego resulta que Jimmy te conoce, tú y yo nos veremos después.

Bebí de un trago el resto del *whisky*, deposité encima del mostrador una

moneda de medio dólar y sin esperar el cambio salí a la calle.

O yo era tonto de remate, o aquel tipo avisaría a Duryea mucho antes de que yo llegara a la pensión donde se hospedaba aquel.

Seguí lentamente por la calzada, procurando hacer tiempo con objeto de que mi amigo el tabernero tuviera tiempo de telefonear, y luego entré en la pensión.

Una mujer, vieja, con todas las trazas de una bruja, salió a recibirme. Sus ojillos brillaron casi con odio cuando se enfrentó conmigo.

—¿Quién es usted? ¿Qué busca?

—Soy un amigo de Jimmy —repliqué—. Quiero hablar con él.

—Jimmy no está aquí. Se mudó.

Sabía cómo tratar a aquella bruja y lo hice.

—Escucha, vieja bruja —dije—. Jimmy está arriba. Vengo del bar, ¿sabes? Ese cerdo sucio que hay detrás del mostrador me lo ha dicho. ¿Quieres darme el número de su habitación o las registro todas?

Sus ojillos reflejaron más odio que nunca.

—¡Maldito bastardo! ¿Quién diablos...?

—Policía, vieja. ¿Te apartas de la puerta o te aparto yo?

Escupió al suelo con verdadero asco.

—¡Maldito cerdo! Conque de la «bofia», ¿eh? Bien, pasa. Jimmy está en su habitación. En la 4, en el primer piso. ¡Ojalá te reciba como te mereces, fisgón!

Aquello no debió decirlo nunca, ya que me indicó con certeza que Jimmy me estaba esperando, posiblemente armado. Como había supuesto, el sucio dueño de aquel bar acababa de darle el soplo.

Empecé a subir por una cochambrosa escalera de crujientes peldaños que olía a mil demonios, y alcancé el pasillo cuyos olores nauseabundos se podían comparar con la peor letrina habida y por haber. Claro que pidiendo perdón a las letrinas por la ofensa.

El 4. Me acerqué llevando la mano a la axila.

Pegué el oído a la madera. No se oía ni el más leve rumor. Pero ya sabía que Duryea estaba allí.

Tanteé la puerta. Estaba abierta. Empujé.

Se encontraba allí. Tranquilo. Tendido sobre una sucia cama, completamente vestido, y con la mano bajo la almohada.

—Será mejor que saques la mano de ahí, Duryea —dije encañonándole.

Hizo una mueca y obedeció lentamente. Cerré con el tacón del zapato y avancé hacia la cama.

Unos segundos después tenía entre mis manos una poderosa automática alemana. A aquel paso, iba a coleccionar toda la artillería que había en Chicago.

Me aparté sin dejar de encañonarle, tomé una silla y me senté frente a él. Todo fácil. Demasiado fácil para mí gusto. Tenía la seguridad de que él

me había estado esperando, que era precisamente lo que yo quería. Por eso le habían puesto en guardia desde el bar.

Pero no me cabía en la cabeza el por qué no se había movido de la cama para salir a mí encuentro, con otros modales. Con la «German» en la mano. ¿Por qué?

¿Dónde estaba la trampa?

Caí en la cuenta al instante.

Aquel cerdo estaba esperando algo. Posiblemente averiguar qué era lo que yo sabía del asunto. Qué era lo que sabía la policía. Una vez enterado de todo, con «apiolarme» tenía bastante. ¿Pero cómo?

Recapacité.

El cerdo de Jimmy Duryea debía tener otra arma escondida. ¿Sobre su persona?

Posiblemente sí.

Me interrumpió con una seca y fría pregunta:

—¿Qué busca aquí?

—A ti, Duryea. Tu chica me dijo dónde podría encontrarte.

Me miró, y sus ojos brillaron.

—Algún día voy a cortarle la lengua a esa...

Aquí siguió un epíteto completamente intrascrible.

—Lina me dijo que viniera a verte. Está en un apuro, ¿sabes? —yo no sabía si ella, desde la noche anterior se había puesto en contacto con él, pero a pesar de todo seguí—: Es tan grande que no ha tenido más remedio que cantar. ¿Quién te pagó para que sacaras el cadáver de la Rian, le destrozaras la cabeza a golpes y luego la tiraras al lago para, acto seguido, advertir por teléfono que había un muerto flotando en el Michigan?

Se sentó sobre la cama, extendió sus largas y fuertes piernas delante de él y preguntó:

—¿Y quién diablos le manda a usted meterse en esto?

—Margot Rian era amiga mía, Duryea. Por eso estoy aquí.

Sonrió cínicamente.

—¿Quién es usted? Uno de la «bofia» desde luego que no. ¿Quién?

—Un periodista —repliqué, esta vez sin mentir—. Y voy a hacer mucho ruido con esa muerte. ¡Desembucha y no seas terco, Duryea!

—¡Vaya! ¡Un cochino y sucio fisgón! ¡Un plumífero de tres al cuarto! Bien, de acuerdo, don Fulano. ¡Lárguese al cuerno y déjeme en paz! Nada sé de eso. Mi chica tiene la lengua suelta pero es demasiado embustera. Apuesto a que le ofreció unos pocos dólares por la información, y ella inventó el resto.

—La vi vigilando en la carretera aquella noche, Duryea —repentinamente tuve una idea y añadí—: Como también te vi a ti, frente a su apartamento. Lamento no haberte tumbado de aquel balazo. ¿Quién te pagó para que me pasaportaras? ¿Barry Gordon?

Me miró fijamente, y, de repente se lanzó sobre mí, sin previo aviso.

CAPÍTULO XI

Pude haberle metido un balazo en medio de la cabeza, pero no lo hice. Mis ideas con respecto a Jimmy Duryea eran muy otras.

Precipitadamente me puse en pie y me aparté justamente cuando llegaba a mí lado. Acto seguido y de pasada, le golpeé la cara con la culata de la «Magnum». Se vino al suelo como un trapo.

Dio unas cuantas vueltas, quedó boca arriba, respirando entrecortadamente y después se sentó.

—Será mejor que desembuches, Duryea —dije—. Eso no es nada comparado con lo que voy a hacer contigo si callas. Ahora, a esta hora de la mañana, no creo que recibas ninguna ayuda eficaz. Lina tampoco se atreverá a venir sabiendo que de ti solo puede recibir un balazo.

Se puso en pie lentamente. Con la misma lentitud avanzó hacia la cama.

En su misma lentitud al moverse estaba el peligro. Debí sospecharlo, pero no supe verlo hasta que ya fue demasiado tarde.

Duryea pasó por mí lado recto a la cama, sin mirarme, pero cuando llegó a mí altura giró sobre la puntera de uno de sus pies, y su puño, duro como una roca, me alcanzó en la mandíbula.

Caí contra la pared teniendo la extraña noción de que el mundo se había vuelto loco.

Me deslicé por ella, mientras que él, con un maligno brillo en sus ojos negros se lanzaba de nuevo contra mí.

Encogí las piernas y las distendí justo en el momento en que se lanzaba en plancha.

Le alcancé en medio del pecho. Cayó contra la silla, que se hizo astillas, y me levanté. Cuando Duryea intentó hacerlo también, le golpeé ferozmente en la cara con el cañón de la «Magnum». Se arrugó lanzando un gemido y entonces le tomé por la pechera de la camisa.

Volví a golpearle una y otra vez, lanzándole contra la cama. Con los puños y con la culata de la automática, hasta que rodó por el suelo como un asqueroso gusano.

—Levántate, cerdo.

Pero no podía. Tuve que ayudarle hasta la cama, donde se sentó.

—Vamos, habla.

Le abofeteé de nuevo. Nunca me han gustado los tipos como aquel, que se dedican a todo lo sucio. Incluyendo drogas y trata de blancas. Nunca me gustaron los tipos que viven de una mujer.

Lina era una muestra de lo cerdo que era Jimmy Duryea. Le sentí gemir. Luego suplicó, como un cobarde:

—Ha... blaré. Diré todo lo que quiera.

Dejé de golpearle y se enderezó mientras que, sin perderle de vista, me sentaba en la otra silla.

—¿Quién te pagó por las dos faenas, Duryea?

—¡Maldito plumífero! Yo...

—Otro insulto y te saco la piel, cerdo. Vamos, habla.

—No lo sé.

Me puse en pie y avancé un paso.

—¡Es verdad! Recibí una carta. Pagaron mil dólares por sacar un cadáver de una quinta y echarlo al Michigan. Yo lo hice. Eso es todo lo que sé.

Le miré. Podía o no podía decir la verdad, pero por el momento tenía que dejar las cosas cómo estaban.

—¿Qué sabes de los negocios de Barry Gordon, Duryea?

—Na... nada.

—Mira, muchacho —repuse con voz fría—, si te oigo mentir de nuevo lo vas a lamentar. Quiero saber todo lo relacionado con Barry Gordon, y los negocios que tiene ese chino. Un tal Chian Lee. Supongo que le conoces. Tu chica, esa Lina, es conocida, aunque solo de vista, de la hija del chino. ¿Qué sabes?

—Sé que Barry tiene negocios de importación con un chino, y un par de buenos garitos. Lina trabaja a veces en el «Panam's». Incluso...

—Haciendo de gancho, ¿no? Buscando a quién engañar con su hechizo todo para luego darte el dinero a ti, ¿no?

—Hay que vivir, míster —replicó.

Sentí asco, y unos deseos locos de golpearle una y otra vez hasta matarle.

—¿Qué clase de negocios?

Duryea no pareció darse cuenta de mi pregunta. Mantenía los ojos fijos en mí automática. Repentinamente decidí concederle una oportunidad. Pero una oportunidad que me permitiera a mí mandarle al infierno.

Matándole a él salvaba la vida de una mujer. De Lina Hendrix. Puede que ella tampoco mereciera vivir, pero era una mujer. Una lagarta. Pero una lagarta muy hermosa.

Esa era la diferencia que había entre aquel sucio y ella. Y a mí, en particular, siempre me ha gustado lo hermoso.

Guardé la «Magnum» bajo la axila y esperé.

Ni el más leve estremecimiento sacudió a Duryea. Al parecer el «torpedo» no se había dado cuenta que dejé de apuntarle, pero yo sabía que no era así.

—¿Qué clase de negocios, Duryea? —pregunté por tercera vez—. Vivo o voy a perder de nuevo la paciencia.

Me miró largamente.

—Se cree usted un tipo listo, ¿verdad? Nada sé de los negocios de Barry con ese chino. Nada que me pueda interesar. Una o dos veces he trabajado para él, pero nada más. Este último trabajo lo hice, pero no sé quién lo mandó, como ya le dije. Ahora avise a la policía, y negaré mi parte en ello. Nada puede probarme, plumífero. No tiene testigos tampoco.

—¿Drogas, Duryea?

Creí ver miedo en sus ojos, y casi en el acto, de una forma repentina, introdujo las manos bajo las sábanas. En el acto vi el cañón de una automática del mismo calibre que la de Lina, que me estaba apuntando a la cabeza.

Un arma como un juguete. Pero tan peligrosa y mortal como la primera, a aquella distancia.

Respiré fuerte.

Tal vez había sido un imbécil al concederle una oportunidad, y en vez de que la misma costara su vida, podía muy bien costar la mía. Claro que aquello debí pensarlo antes. Ahora no había remedio.

—Voy a matarle, sucio. Ahora mismo —me miró riendo, con la cara sangrante, los labios partidos y algunas horribles moraduras donde le había golpeado con la culata de la «Magnum»—. Llevaré su cadáver al lago, plumífero. Apuesto a que Lina me ayuda. Ella me llamó diciéndome que había estado a verla. Me contó lo que le dijo. ¿Se cree listo, verdad? Por eso le esperé, tranquilo, sin aparentar nada. Quería saber todo cuanto sabía usted. Muy poco, bastardo. Tanto como nada. Pero el resto, lo que le falta por saber, se lo diré yo. ¿Me sigue?

Dije que sí con la cabeza, y Duryea siguió hablando, enardecido por su propia victoria sobre mí.

—Desde luego fue Barry Gordon quien me pagó para llevar el cadáver al Michigan. Le destrocé la cabeza, pero no pudimos encontrar la bala que la mató. Después telefoneé a la «poli». No sé para qué diablos hacía falta esto, pero obedecí. En cuanto a negocios, Barry tiene muchos en Chicago. ¿Drogas? Lina no las toma, pero Margot Rian las tomaba. Incluso a ese chino, a Chian Lee... —se interrumpió para reír—: Es un cerdo amarillo que nada sabe, ¿comprende? Él se limitaba a importar y exportar sedas, lanas, y otras muchas cosas. Alquila a Barry medios de transporte. Y eso es todo.

—Todo no, Duryea. Aún hay algo más. Margot Rian tenía un amante. Lo tenía mucho antes de separarse de su marido. ¿Quién era?

—¿No lo sabe?

Rio de nuevo.

—No pienso decírselo, fisgón. Eso... eso no lo sabrá nunca. Y ahora, ¿quiere darme mi automática?

Allí estaba precisamente mi oportunidad. Si fracasaba, Mike Thorensen y yo nos iríamos al diablo. Aquel tipo, según la forma que tenía de

apuntarme, sabía bien su oficio.

Introduje lentamente la mano en el bolsillo trasero del pantalón, donde la había guardado.

—Tenga cuidado, plumífero. Sentiría tener que meterle un plomo antes de preguntarle algo.

Su pregunta no me interesaba en lo más mínimo. Por lo tanto hice a medias lo que me mandaba. Extraje la «German Luger» del bolsillo, pero llevando en la mano la automática del 22.

Un arma tan pequeña como para poder esconderla en la palma de la mano, tapada en su totalidad por la pesada y grande pistola alemana.

Alargué la mano, procurando tenerla cogida por el cañón.

—Así está mejor, plumífero. Tírela sobre la cama, ¿quiere? Pero con cuidado. Con sumo cuidado.

Hice lo que me mandaba y salté de costado justo cuando Duryea se daba cuenta de que debajo de la «Luger» había otra pistola.

Disparó.

El plomó aulló junto a mí oreja mientras él giraba de nuevo el cañón del arma, buscándome entre soeces maldiciones. Disparé antes. Por dos veces.

Casi en el acto vi un negro orificio en su frente y cómo se escapaba la automática de entre los dedos.

Cuando dio con sus huesos en el suelo, vi dónde había dado mi segundo disparo. Por encima del corazón se iba extendiendo, sobre la camisa, una mancha de sangre.

Salí cerrando la puerta a mí espalda.

La vieja bruja vino a mí encuentro.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó.

Fingí asombro.

—¿Eso qué es? —pregunté a mí vez.

—Oí ruido —replicó mirándome con sus ojillos llenos de odio.

—Tuvimos una pequeña discusión, bruja —repliqué.

Sin esperar más, abandoné la pensión silbando alegremente una versión muy original del célebre «cha-cha-cha». «Basta», de la española Lita Torelló.

Salí a la calle y caminé.

Pero no en dirección a aquel maloliente bar, sino en sentido contrario. Torcí por la primera bocacalle que me vino a mano. Caminé otro poco hasta que encontré un taxi.

Lo tomé dando una dirección del centro.

No sabía aún con la relativa seguridad que podía moverme por Chicago, pero aquello no me preocupaba mucho. Sabía bastante como para poder detener por unas horas al teniente Carruters, y más habiendo en Chicago una mujer llamada Lina Hendrix, la cual sabía casi tanto o más que el mismo difunto.

Y conste que me refiero al que acababa de defuncionar. Al cerdo de Jimmy Duryea.

En Madison detuve el taxi, frente a una cabina telefónica. Pagué, descendí, entré en la cabina, tomé el auricular y disqué el número del precinto de policía donde creía poder encontrar a Carruters.

Alguien contestó al otro lado de la línea. Pedí ponerme al habla con el teniente. Me contestaron que esperara.

Lo hice.

Fueron apenas tres minutos al cabo de los cuales oí su voz al otro extremo de la línea.

—Sí... El teniente Carruters al habla.

—Celebro oírle de nuevo, teniente —repliqué—. Soy Mike Thorensen del «Mirror» de Nueva...

El juramento que emitíó logró cortar mi verborrea en un quinto de segundo. Luego habló con tanta rapidez que parecía una metralleta disparando, en vez de balas, palabras.

—¿Dónde diablos se ha metido? ¿Sabe que encontramos a tres fiambres y el «Nash» que alquiló? ¿Sabe que le estamos buscando? ¿Dónde se encuentra? ¿Desde dónde telefonea? ¿Quiere que...?

Aparté un tanto el auricular del oído. Temía quedar sordo si aquel energúmeno de la Brigada de Homicidios seguía gritando de tal modo.

Por fin acabó y pude replicar.

—Ahora explicaré todo eso, teniente —dije, pero no pensaba hacerlo, al menos por el momento—. Escuche esto que es interesante —a continuación di las señas de Jimmy Duryea y añadí más que deprisa, antes de que pudiera empezar a hablar de nuevo—: Está muerto y le maté yo. Defensa propia, como podrá comprobar. Ahora hay otra cosa: quiero que nadie se meta conmigo en Chicago. Solo por veinticuatro horas al cabo de las cuales le entregaré al asesino de Margot Rian y a un gran magnate del tráfico ilegal de drogas. Otra cosa, teniente, si no es tonto, en vez de mandar a sus sabuesos a que me busquen, empléelos en la busca de una mujer llamada Lina Hendrix. Es la amante del difunto Jimmy Duryea. La chica sabe muchas cosas que indudablemente interesan a su Departamento. Acostumbra a ir al «Panam's» a la busca de incautos que paguen los vicios de su amigo, y el apartamento en que vive —di las señas de este último y añadí—: Y no trate de localizar la llamada, teniente, se lo diré yo. Estoy enfundado dentro de una cabina telefónica en Madison. Una cabina pública, ¿entiende? Cuando sus chicos vengán ya no...

Sus voces amenazaban romper mis tímpanos y le dejé que se explayara a su gusto. Cuando finalmente su serie de epítetos nada agradables terminó, repliqué:

—Usted haga lo que quiera, teniente, pero yo me largo de Madison.

Colgué y abandoné la cabina silbando «Basta».

Estaba descubriendo en mí mismo aficiones musicales que me tenían asombrado.

Tomé otro taxi y me alejé de allí a todo tren. Yo no conocía a Carruters, pero me ponía en su lugar. A pesar de todas las explicaciones que le había dado telefónicamente, el teniente mandaría a sus hombres a que me rastrearán por Madison.

A que me rastrearán por todo Chicago, solo por darse el gustazo de mostrarme que era más listo que yo.

¡Estaba arreglado!

CAPÍTULO XII

La chica tenía el cabello castaño y los ojos azules. Y unas curvas y una fachada de espanto.

Y las piernas... Perdí el resuello al verla, lamentando no llevar el sombrero puesto, para hacer frente a ella con una reverencia versallesca.

¡Diablos, y qué piernas!

—¿Desea algo, míster...?

Tuve que sacudir la cabeza para que las ideas volvieran a mí mente con alguna claridad.

¡Y qué curvas!

—Deseo hablar con míster H. Rian, ricura —repliqué, pensando que ella se merecía aquel apelativo y muchos otros miles más.

Se puso en pie y salió de detrás de la mesa. Aquello era el completo en lo que a fachada se refiere. La miré de pies a cabeza. Confusamente oí de nuevo su argentina voz:

—¿Le ha citado a usted?

—No, preciosa. Ni creo que me conozca.

Frunció el ceño antes de replicar y me quedé en la duda de que si había sido por el piropo, o por el mero hecho de que el importante H. Rian no me hubiera citado, y yo, un vil gusano de la cochambrosa sociedad pretendiera verle sin más ni más.

Me lo jugué todo a una carta, como suele decirse.

—A mí me recibirá, cariño —repliqué—. Dígale que el teniente Carruters, de la Brigada de Homicidios, quiere verle. Se trata del asesinato de su mujer, ¿comprende?

Me miró con interés. Por unos segundos temí que conociera al teniente y me pregunté qué pena había en el Código por usurpación de personalidad.

¿No se dice así?

No le conocía. Tuve conciencia de ello cuando replicó, ahora con la mejor de sus sonrisas.

—Tenga la bondad de sentarse, míster Carruters. Avisaré a míster H. Rian.

Me senté mirando sus magníficas piernas mientras se alejaba, para suspirar como debía hacerlo un elefante cuando se perdió de mí vista detrás de aquella puerta de cristales.

Apenas si tardó en reaparecer tres o cuatro minutos. Con la misma hechicera sonrisa en sus labios rojos como la sangre.

—Míster H. Rian dice que pase usted, teniente.

Sentí deseos de soltar la carcajada al preguntarme cómo le sentaría a Carruters que yo tomara su personalidad. ¿Le conocería H. Rian? Pronto iba a saberlo, aunque presumía que sí.

Me puse en pie, pasé por el lado de la secretaria lanzándole una mirada de campeonato y entré.

Absurdo.

Eso era lo que había dicho Marella. Y llevaba razón.

Ella, y no solo ella, sino cualquier mujer, se hubiera sentido incapaz de mantener, por lo menos durante mucho tiempo, un «affaire» con un tipo como aquel.

Muy alto, casi tanto como yo. Pero gordo, grasiento, con una monumental papada y un enorme vientre, calvo y con lentes. ¡El colmo!

Me pregunté cómo una mujer como ella, como Margot, había podido casarse con él. No me extrañó nada lo que hubiera ocurrido después con aquel matrimonio.

Cerré la puerta a mí espalda y avancé hacia él con una de mis mejores sonrisas y con la mano extendida, que tuve que guardarme en el bolsillo cuando se puso en pie borrando toda sonrisa de su rostro mofletudo.

—¡Pero qué diablos...! —empezó—. Usted no es el teniente Carruters. ¿Qué significa esto?

Me dejé caer en uno de los sillones y le miré.

—Será mejor que no pierda los estribos, H. Rian. He venido porque tengo necesidad de hablar con usted. Carruters era el mejor nombre que se me ocurrió para ser recibido —hice una pausa y no me interrumpió. Por lo tanto añadí—: Mi nombre es Mike Thorensen. Soy redactor del «Mirror» de Nueva York, y he venido a hablarle del asesinato de su esposa.

—Mi esposa... ya no era mi esposa, míster Thorensen —replicó en tono frío—. Hace dos años que un tribunal de Chicago nos concedió el divorcio. Por lo tanto nada sé, ni nada quiero saber de su muerte. De su asesinato si usted lo prefiere mejor así.

Me miró por encima de sus lentes mientras yo sacaba una pitillera, y de ella un cigarrillo.

—Puede que efectivamente no quiera saber nada —repliqué después de encenderlo—. Puede que tampoco desee hablar de eso, pero creo que no va a tener más remedio que hacerlo.

—¿Por qué? ¿Quién diablos le manda a usted meterse en esto? ¿Sabe lo que voy a hacer? Pues llamar al teniente...

Sin terminar descolgó el auricular del teléfono.

Le atajé con un gesto y después repliqué:

—No creo que le interese hacerlo por ahora. ¿Sabe de dónde vengo? De matar a un hombre llamado Jimmy Duryea. Pero antes de morir, él me confió unas cuantas cosas creyendo dejarme de tal modo que no se las podría repetir a nadie. Sonó su nombre unido a Barry Gordon. Usted es el

abogado de Barry y el de ese chino. Además de la muerte de su esposa, ¿qué tiene que decirme sobre cierto tráfico ilegal de drogas?

Palideció visiblemente.

¿Qué haría, qué diría si supiera que solo era una finta? ¿Qué en realidad yo no sabía nada?

Oí su voz mucho antes de haber podido formularme una respuesta concreta, si es que podía hacerlo.

—¿Quién le ha mandado meterse en esto, plumífero?

—Yo mismo, picapleitos —repliqué secamente—. Mejor dicho; *mistress* Rian fue quien me escribió a Nueva York diciendo que tenía algo extraordinario que contar a un periodista como yo. Después, cuando vine, negó haber escrito la carta. Supongo que se trataba de ese nefasto negocio que entre usted y Barry Gordon tiene a espaldas de Chian Lee. Supongo también que ella, después de llamarme, después de escribirme, pensó que sería mejor hablar con usted o con Barry y tratar de sacar un buen bocado con su silencio. El bocado fue un balazo en medio de la cabeza. ¿Con quién habló? ¿Quién la pasaportó, H. Rian?

Me miró largamente, con desafío. Pero aquello solo duró unos segundos. Repentinamente toda su entereza se abatió. Sus hombros se hundieron, y finalmente él se dejó caer sobre el sillón situado detrás del escritorio, y también se hundió en él.



—Algún día voy a cortarle la lengua a esa...

—No sé lo que ha pasado con seguridad, míster Thorensen —dijo—. Pero le hablaré de Margot. Margot era una artista del *burlesque* en Broadway cuando yo la conocí. Vio un montón de dólares en perspectiva y se casó conmigo. ¿Qué otra cosa podía ser si no? Como comprenderá, a un Adonis como yo —se rio de su propia ironía y siguió—: le es difícil encontrar una chica para compartir su vida. Al menos una chica como Margot. La cosa duró un par de años. Después ella se cansó y ocurrió lo inevitable: El divorcio. Sacó una buena pensión, pero era ambiciosa. Quería mucho más.

Añadió tras otra pausa:

—Tal vez la mataron por eso mismo que usted ha dicho. Barry u otro cualquiera pudo hacerlo, si ella se enteró de todo esto.

—Por lo visto, usted no niega el tráfico de drogas, ¿verdad?

Me miró sonriendo.

—Ni lo niego ni lo afirmo, míster Thorensen. Estamos los dos en el despacho. No nos oye nadie. Yo puedo afirmarle, particularmente a usted, que es así. Chian Lee es mi hombre decente y en su cabeza china no cabe la idea de una traición entre sus mismos hombres. Es muy fácil importar drogas desde China o Japón hasta los Estados Unidos, empaquetadas entre las sedas. Después, Barry solo tiene que recogerlas, cargarlas en uno de sus camiones, y por el camino extraer la mercancía, con lo cual no hay peligro —sonrió tenuemente—, pero como comprenderá, míster Thorensen, nada de esto trascenderá a un tribunal. Soy un buen abogado, ¿comprende?

—Comprendo, sí —repliqué mordiéndome los labios para no darle el calificativo de cerdo—. Pero tenga en cuenta una cosa. En su mano está castigar al causante de la muerte de su ex esposa.

Se rio tenuemente. Pero aun así, su abultado vientre subió y bajó rápidamente bajo los efectos de la hilaridad.

—Usted lo ha dicho, míster Thorensen. Mi ex esposa. Por lo tanto, nada quiero saber de lo que ha ocurrido. Y otra cosa: no publique nada en su asqueroso periódico, sobre esta conversación, si no quiere que le persigan por difamación. Si no quiere que le cierren todas las puertas del periodismo.

Contuve las ganas que me entraron de saltarle, al cuello.

—De acuerdo —dije—. No publicaré nada. Y dígame; ¿qué hay de Marella Chian Lee?

Arqueó una ceja. Al parecer mi pregunta le había sorprendido.

—No le entiendo a usted —me replicó.

—Es bien sencillo. Alguien dijo que era la amante de usted.

Se levantó del sillón riendo como un loco.

Cuando al fin pudo controlar la risa me miró largamente.

—¡No sea imbécil! ¡Un tipo como yo! ¡Y nada menos que un «affaire»

con Marella Chian Lee! ¡Con una mujer como ella! No sea loco. ¡Qué más quisiera yo!

No me desconcertó con su arrebato. También tenía yo mi idea al respecto, pero por su cinismo deseaba enfurecerle.

Repliqué:

—Usted puede decir eso y no ser verdad. La historia que contó puede serlo pero al contrario. Entonces, mirándola bajo mi punto de vista, da un motivo a usted. H. Rian, para cometer o mandar cometer el asesinato de su esposa. Veamos: Supongamos por un momento que es usted, con sus asquerosos devaneos, quien obliga a *mistress* Rian a pedir la separación. Una vez está concedida, tanto mejor. Pero ella sabe qué usted tiene que ver algo o todo con Marella Chian Lee. Viene y le amenaza con contar la historia a uno de esos periódicos que se dedican a airear la vida escandalosa de los demás, si no le aumenta la pensión. Nada mejor que balearla para quitársela de encima. De este modo, las cosas quedan donde estaban. Y hubieran quedado si ella no hubiera sabido algo más sobre Harry y usted. ¡Drogas! Por eso vine.

Callé esperando.

Su réplica tardó algunos minutos en llegar.

—Nada tengo que añadir a lo dicho, míster Thorensen, como no sea repetirle una vez más que yo no la maté, y que no deseo hablar de esto. Ahora, ¿tiene la bondad de salir?

Me puse en pie y fui a la puerta. Desde ella le encaré, ya con la mano en el tirador.

—Nos veremos en los tribunales, míster H. Rian.

—Y negaré todo lo dicho, además de meterle en un lío a usted.

Salí de allí mirando a la muchacha, completamente asqueado, y preguntándome cómo no le había metido un balazo en su fofa y cochambrosa barriga.

Alancé la calle pensando en algo más agradable.

En Marella.

En los brazos de Marella.

En las caricias de Marella.

En todo lo que representaba Marella.

Pero antes de ir a su apartamento de Park Avenue tenía que ir al hotel. Deseaba cambiarme de ropa y de traje.

Seguía sonriendo cuándo hice una seña a un taxi. El chófer me miró completamente asombrado, pero no hice caso, y sin perder la sonrisa di una dirección.

Llegamos.

Dos cuerdas antes de alcanzar el hotel.

Entonces avancé a pie, mirando en torno, en espera de toparme con alguno de los perros guardianes del teniente Carruters.

Pero no había nadie en la calle, ni en el lugar ocupado por la recepción del hotel.

CAPÍTULO XIII

El encargado me salió al paso apenas verme.

—Arriba le aguarda una sorpresa, míster Thorensen —dijo.

Instintivamente pensé en la policía, pero el individuo aquel estaba sonriendo, mirándome como si tal cosa, como si Carruters no hubiera ido al hotel a preguntar por mí.

Me aventuré.

—¿Quién? ¿El teniente Carruters?

—¡Oh, no, míster Thorensen! ¡Nada de eso! Ciertó que vino a preguntar por usted pero se marchó y no ha vuelto. Se trata de su esposa. Dijo que acababa de llegar de Nueva York.

Sentí que la tierra se hundía bajo mis pies. Aquella Loreta Holmes era capaz de haberse presentado en Chicago con el solo fin de fastidiarme.

Los deseos de marcharme en aquel momento se hicieron casi irresistibles. Pero tenía que apechugar con las consecuencias. El encargado me estaba mirando y su suntuosa sonrisa estaba desapareciendo poco a poco de su boca.

—Gracias —dije—. No sabe lo que me alegro de ello. Ha sido una verdadera sorpresa para mí.

Di media vuelta y me introduje en el ascensor.

Pensando en aquella maldita Loreta Holmes.

Pero no era ella.

Claro que no lo supe hasta después de abrir la puerta de mis habitaciones, atravesar la pequeña «suite» y entrar en mi dormitorio, donde tenía la completa seguridad de encontrarla, descansando de su viaje.

Allí estaba.

Colgada por el cuello de la araña de la lámpara. Con un palmo de lengua azulado fuera de la boca, los ojos desmesuradamente abiertos, mirándome, sin verme, las manos atadas a la espalda, las piernas al descubierto, ya que apenas si llevaba ropa puesta, y la poca que la cubría, hecha jirones.

Pero no era Loreta Holmes.

Se trataba de Lina Hendrix. Lina, que ya no haría más de las suyas. Que ya no encubriría más crímenes, que no vigilaría más carreteras. Que no dispararía más contra mí.

Sentí náuseas y avancé hacia el cuarto de baño. Cuando volví junto a ella, me sentía mejor.

Al examinarla vi el papel que tenía prendido en lo que quedaba de la parte delantera de su vestido.

Me acerqué sin tocarlo y lo leí.

«No es conveniente saber mucho. A los curiosos les puede pasar esto, míster Thorensen. No lo olvide y no siga haciendo tonterías. Su sitio está en Nueva York. Márchese y olvídense de que en el mundo hubo una mujer llamada Margot Rian. Olvídense o la próxima vez le tocará a usted».

¡Al cuerno con todo!

Regresé al dormitorio después de cerrar la puerta con llave y me cambié de ropa y de traje.

Al salir volví a mirar a la bella Lina, que ahora no lo era tanto. Y lo sentí por ella. Si me hubiera hecho caso, si me hubiera contado todo lo que sabía, posiblemente ahora aún continuaría viva.

¿Qué hacer?

¿Esconderme como una rata?

Sí, tendría que hacerlo hasta que recibiera comunicación de Nueva York. El apartamento de Marella Chian Lee me ofrecía un buen refugio. El mejor. Estaba seguro de que Carruters no sospecharía ni por un asomo que me encontraría en el apartamento de la muchacha china.

Hay tipos con suerte, y yo soy uno de ellos.

Una muchacha como ella, con todo lo que puede tener una mujer para el hombre más exigente. Y rica, inmensamente rica.

No, Carruters no sospecharía nunca.

Tenía que ir y fui.

Pero antes hice otra cosa. Tomé el metro y me trasladé al extremo más alejado de Chicago, con respecto a Marella. Cuando ascendía a la superficie, no sabía dónde me encontraba. Ni me importaba tampoco.

Todo lo más que quería era un bar y una cabina telefónica.

Lo encontré. Segundos más tarde me ponía al habla con el teniente Carruters.

Como la primera vez, tuve que dejar que se desahogara. Después, más calmado, preguntó:

—¿Qué diablos quiere, plumífero? Supongo que no será otro cadáver, ¿verdad?

Sentí tentaciones de reír, pero el recuerdo de Lina tal y como yo la había visto, era para quitarle las ganas a cualquiera.

—Pues, sí —repliqué, fríamente—. Se trata de otro fiambre, teniente.

—¡Qué día...!

—No se sulfure y atienda, Carruters —interrumpí a mí vez—. Se trata de Lina Hendrix. Ya no tiene que buscarla más, teniente. Está muerta. Alguien la sorprendió dentro de la «suite» que tengo alquilada en el hotel, y se entretuvo en colgarla de la araña de la lámpara. Allí está todavía. En el pecho tiene escrito un papel bastante interesante. ¿Qué le parece?

La oí resollar con entera claridad. Igual que debió hacerlo una manada de búfalos en estampida en tiempos de la colonización del Oeste.

Después masculló:

—¿Cómo diablos lo sabe? ¿Dónde está usted?

—A lo primero debo contestarle que yo la he visto porque fui allí a cambiarme de ropa. A lo segundo le responderé que no lo sé. Le telefoneo desde un bar con teléfono público, situado en una parte de Chicago, que no me importa cuál es.

Siguió un extraño silencio. Después me llegaron sus palabras, hechas en un tono tan suave como el terciopelo.

—Oiga, Thorensen. Déjese de hacer más tonterías y véngase al Precinto.

—¡Un cuerno, teniente! —repliqué—. Aún tengo que hacer algo más antes de dejar que me eche la vista encima. Y oiga usted, ¿qué le parece si averigua cuándo entra algún avión o lancha con carga para Chian Lee y le echa un vistazo? Puede que el resultado sea bueno. Drogas, ¿entiende?

—Pero, ¿quién diablos se cree usted que es, Thorensen? ¿Mi niñera?

—Tanto como eso no, teniente. Pero no me negará que necesita quien le lleve de la mano. Eso es lo que estoy intentando meterle en la cabeza, que me deje en paz y busque por ese lado. Alfred Barry Gordon también puede decir algo sobre este cargamento. Juraría que lo puede decir todo.

Colgué, salí del bar y minutos después volvía a viajar bajo tierra.

Ahora me apeé del metro a una cuadra escasa del apartamento de Marella.

Subí en el ascensor, introduje el llavín en la cerradura y entré, cerrando a mí espalda.

La muchacha china estaba allí, tendida en el sofá, en el «living», lo mismo que una ninfa, si es que las ninfas suelen envolverse entre sedas y gasas transparentes.

Me sonrió alargando su brazo desnudo hacia la mesita ratona que tenía a su lado para soltar el cigarrillo que llevaba entre los dedos.

—Hola, Mike —dijo, tendiéndome los brazos, pero no la besé. Hice como si no la hubiera visto, y entonces ella añadió—: Hace mucho rato que te espero. Creí que ya no te volvería a ver más.

Me senté frente a ella, recreando la vista en las maravillosas curvas de aquella mujer sin par.

—He estado trabajando toda la mañana, ricura —repliqué—. ¿Ha venido un paquete para mí?

No contestó a mí pregunta. Se limitó a hacer otra.

—¿Dónde estuviste? Quedamos en que esperarías hasta que yo hubiera averiguado algo.

Intenté sonreír.

—Así hubiera sido, Marella —dijo—, pero tenía que ir a mí hotel. Tenía que cambiarme de ropa.

—Eso es una locura. Podían haberte detenido.

—Sí. Pudieron hacerlo, pero nadie me vio. En cambio, yo sí vi algo. Algo difícil de olvidar.

Me miró largamente por entre sus entornadas pestañas y después preguntó:

—¿Qué es ello, Mike?

—Vi a Lina Hendrix —repliqué, lentamente—. Me esperaba en el hotel.

No se alteró. Impasible, hermética, lo mismo que siempre:

—¿Se puede saber qué les das a las mujeres, que a todas les gustas, Mike?

—A esta ya no le gustaré más, gatita. Estaba muerta. Alguien, después de torturarla, la colgó de la araña de la lámpara.

Ni el más leve gesto me dijo si se había impresionado o no. Ni su voz se alteró tampoco.

—¿Quién lo hizo, Mike?

—Tengo una idea. También creo saber por qué. Para tener la certeza de ello, necesito unos papeles que mandé pedir a Nueva York. Tan pronto vengan, si dicen lo que espero, habré descubierto todo el problema.

Volvió a mirarme a los ojos unos cuantos segundos. Se puso en pie. Las sedas y tules con que se cubría revolotearon en torno a su bella figura.

Suspiré.

Cualquier hombre lo hubiera hecho tratándose de una mujer como ella. Y volví a suspirar cuando me tendió los brazos enroscándomelos en el cuello.

Durante un largo rato permanecimos estrechamente abrazados, y luego, al separarse, se llevó las manos a los senos, que, tumultuosos, amenazaban con abandonar su cárcel de seda o nylon.

—Abrazas como un oso, pero me gusta, Mike —dijo después, dando media vuelta para ir a su dormitorio—. Voy a traerte un paquete que ha venido en avión, desde Nueva York, querido.

Lancé una exclamación, pero ella ya no estaba en el «living».

Tardó menos de tres minutos en regresar. Casi le arrebaté el sobre de las manos. Rasgándolo nerviosamente, me senté en el sofá y ella se acomodó a mí lado poniéndome un brazo sobre los hombros. Sin dejar de leer, la atraje hacia mí, prendiéndola por la cintura.

Tardé más de media hora en descifrar todo aquello mientras una multitud de ideas y nuevas conjeturas danzaban en mi mente, embrollándola aún más.

Nos miramos los dos. Fue Marella quien rompió el silencio.

—¿Qué te sugiere todo esto, Mike? ¿Alguna idea?

—Muchas —la miré—. Una de ellas, por completo descabellada. ¿Sabes cuándo tiene tu padre que recibir más mercancías de China o del Japón?

—¿Qué intentas, Mike? Mi padre nada...

—¡Lo sé, ricura! —atajé, secamente—. ¿Lo sabes? ¿Sí o no?

—Sí, Mike. Esta noche. Sobre las nueve o las diez aterrizarán un par de aviones trayendo sedas y otros productos de China.

—¿Quién trasladará los bultos desde el aeródromo a la ciudad?

—Supongo que será Barry Gordon, querido. ¿Por qué?

—Escucha... Quiero que esta noche, después de que estén todos los bultos cargados en los camiones, telefonees a Barry y le digas que eres un miembro de la banda. Que todo se ha descubierto, y que la policía empieza a dar caza a todos los elementos del grupo. Que tienes miedo de que alguien cante. Para eso, naturalmente, has de desfigurar la voz.

Tampoco se asombró. Su cara permaneció tan inexpresiva como siempre.

—¿Qué intentas, Mike?

—Quiero hacerle perder la cabeza.

—Y tú, ¿qué harás?

—Estaré cerca.

—De él, ¿verdad? ¿Es que no te importa perder el pellejo? ¿Tanto te agradó Margot?

—Haría lo mismo por otra, ricura. Tenlo por seguro. ¿Lo harás?

Me envolvió en una larga mirada, que hizo latir mi corazón a más de noventa millas por hora.

—Lo haré, Mike. Pero, ¿no podríamos hablar de nosotros, querido? Tenemos tiempo hasta la noche, ¿no?

Tenía razón. ¿Por qué preocuparse con tantas horas de anticipación? La apreté contra mí y nos besamos hasta que perdimos el aliento.

Después, casi en el acto, intenté hacerlo de nuevo, pero Marella puso sus manos en mi pecho.

—Mi querido oso, antes tengo que enseñarte algo —dijo—. Después gozarás de absoluta impunidad.

Me quedé unos instantes perplejo, mientras ella introducía su mano derecha entre los senos. Casi en el acto sacó un papel que me entregó. Noté en mis dedos el suave calor del mismo y el perfume que desprendía. Suspiré, desdoblándolo.

Después la miré riendo mientras sus ojos negros habían perdido su impassibilidad y ahora me miraban risueños, brillantes.

Porque entre mis dedos, en mis manos, había una licencia especial de matrimonio.

—Por lo visto estás decidida a casarte con un sucio plumífero, ¿no?

—Sí, querido —replicó—. ¿Tengo la culpa de que beses y abras como un oso? ¿Tengo la culpa de que eso me guste?

Sin dejar de mirarme se puso en pie, envuelta en transparentes nubes de gasa y sedas.

—Voy a traerte algo de beber, querido.

Intentó alejarse, pero entonces la prendí por la muñeca y tiré de ella.

Unos segundos antes de que cayera entre mis brazos, susurré:

—Después, ricura.

Nada más. No podía hacerlo.

CAPÍTULO XIV

Esperar.

Esperar durante horas.

Pero daba gusto hacerlo teniendo al lado a una mujer como Marella Chian Lee.

Con todo lo que ella tenía de apetecible y hermoso.

Una americana cien por cien, y que, sin embargo, era china.

¿Cuánto tiempo hacía que se había desprendido de mis brazos?

Minutos, tal vez. Ahora estaba en la ducha. El sonido del agua que llegaba hasta el «living» enervaba mis sentidos. Bebí de un trago el «Manhattan» que tenía a mí lado. Me puse en pie y fui a la ventana.

Abajo, el tráfico incesante de la calle que ya se cubría en sombras.

Esperar.

Esperar a que ella saliera de la ducha, se vistiera de calle para marchar conmigo. Pero solo hasta la puerta. Allí nos separaríamos.

Después, Barry Gordon y todo lo demás.

Todo. Absolutamente todo, aquella misma noche. Ahora ya sabía o creía saber la solución de todo. Estaba seguro, o creía estarlo, del motivo que les indujo a eliminar a Margot Rian, el por qué ella negó haber escrito la carta, y más aún, también sabía o creía saber por qué asesinaron a Lina Hendrix.

Sabía todo esto, y también sabía quién lo había hecho y por qué.

Esperar.

Pero ya no fue mucho. Repentinamente, oí el taconeo de Marella. Me volví.

Hermosa. Muy hermosa. Puede que estuviera tan hermosa como siempre, pero a mí se me antojó mucho más.

Vestía uno de esos conjuntos de calle que convierten a una mujer hermosa en una muñeca de porcelana, digna de un bazar Y con unas piernas que competían sin ningún género de dudas con los anuncios de medias de las mejores revistas americanas.

Me estaba besando en los labios mucho antes de que yo me diera cuenta de que estaba allí, de nuevo entre mis brazos.

Después se sentó a mí lado en el sofá. Miró su relojito de pulsera, clavó los ojos en mí y susurró:

—Aún tenemos cerca de una hora para estar juntos, Mike.

—Y para acariciarnos, ¿no?

—Si sigues haciéndolo como un oso, sí.

Tuve que complacerla adecuadamente durante aquellos cuarenta

minutos.

Después salimos a la calle, utilizando el ascensor.

En el garaje donde guardaba el «Alfa Romeo» me entregó las llaves. La miré intrigado.

—Lo necesitarás, querido. Yo tomaré un taxi.

Me coloqué frente al volante mientras Marella permanecía junto a mí, mirándome.

Di el encendido y el motor rugió acompasadamente.

Se acercó.

—Cuídate mucho, querido. Sabes que me has dado palabra de matrimonio y que ahora... Bueno, amor, que tengas cuidado.

Arranqué después de tirarle un beso con la punta de los dedos. ¿Se la había dado? No lo recordaba, pero podía ser así. Una mujer como Marella hace perder la cabeza a cualquiera.

Doblaba por la primera bocacalle cuando acerté a verla tomar un taxi. Sabía la dirección que iba a dar. La del aeropuerto. Después, ella telefonaría a Barry Gordon. ¿Se tragaría el bulo?

Suponía que sí.

Lentamente, más aprisa después, hice avanzar el «Alfa Romeo» hacia el «Panam's», con la completa seguridad de que Barry estaría dentro de su garito.

Me estacioné en la playa de aparcamiento, casi frente a la puerta del club. Solo cabía hacer una cosa: esperar.

Encendí un cigarrillo. Miré el reloj. Las nueve. Marella estaría empezando a poner en práctica mi plan.

Ahora, lo que hacía falta, es que el teniente Carruters no se diera una vuelta por allí. Si lo hacía, él mismo daría al traste con todo.

No vino en aquellas dos interminables horas.

Pero Barry Gordon sí salió del club. Solo. Completamente solo, recto hacia un «Mercury» café con leche, aparcado a poca distancia de donde estaba yo con el «Alfa Romeo». Le miré mientras subía.

El mismo de siempre. Alto, fuerte, felino, vistiendo traje gris de innegable buen corte. Gris de pies a cabeza, excepto los zapatos, que eran negros.

El «Mercury» abandonó lentamente la playa de estacionamiento y entonces di el encendido, embragué y salí detrás de él.

¿Dónde iba? ¿Era producto de cualquier negocio su temprana marcha del club, o era por el aviso telefónico de Marella?

No lo sabía. No podía saberlo, pero tenía que seguirle. Seguirle durante toda la noche. Barry iba a llevarme, él solito, hacia el lugar donde se escondía la mujer que mató a Margot Rian.

Sentí unas ganas locas de reír ante mi propio pensamiento.

Durante más de media hora, seguí al «Mercury» que daba vueltas y más

vueltas sin orientación alguna. Comprendí por qué, y por unos segundos me pregunté si Barry Gordon se había dado cuenta de que era seguido.

Pero no era así. Desde luego estaba tratando de despistar a un posible seguidor, pero nada más.

No tardé en comprenderlo así, en el momento en que él tomó una dirección fija. Hacia el Michigan.

Apagué los faros cuando alcancé la carretera, y miré el cuenta-millas. Ochenta a la hora. Como para romperse la cabeza yendo sin luces. Pero no podía encenderlas.

De pasada, vi el embarcadero de la quinta que perteneció, o mejor dicho, que Marella había tenido arrendada a Margot. Las dos lanchas motoras estaban allí.

Después fijé mis ojos en la carretera. Las luces piloto del «Mercury» avanzaban por delante de mí a menos de cien yardas. Aflojé un poco la marcha. Se distanciaron un tanto.

Repentinamente, dejé de verlas. ¿Una curva?

No era eso. Barry Gordon y su «Mercury» acababan de adentrarse en un ancho y bien cuidado camino vecinal.

Tampoco era aquello. El camino era privado. ¿Dónde iba? Lo comprendí o al menos así me pareció.

A su casa. A alguna quinta que tendría alquilada o en propiedad, casi a la orilla del Michigan.

Sonreí duramente cuando detuve el «Alfa» junto a la cuneta. No encendí las luces, a pesar de saber el peligro que suponía para cualquier conductor que viniera de Chicago.

Podía partirse el alma contra el automóvil de Marella, pero Barry Gordon también podía partírmela a mí, si se daba cuenta de que alguien, con no muy buenas intenciones por cierto, andaba detrás de él aquella noche.

Crucé la carretera y avancé por el camino, procurando que me ocultaran los árboles que bordeaban el mismo.

Unas cincuenta yardas más allá, vi la masa sombría de la casa. Una magnífica quinta. Una choza en la que a mí me hubiera gustado vivir en compañía de Marella.

Después de todo, la vida a su lado no sería tan mala. Estaba completamente seguro de ello, a juzgar por las pruebas que me había dado durante aquellas horas que se me antojaron segundos.

Seguí avanzando cautamente, con la «Magnum» ahora en el bolsillo de la chaqueta, y alerta mis cinco sentidos.

Junto a la puerta vi el «Mercury», completamente solo y con las luces de situación apagadas.

Seguí avanzando hacia él, pero me detuve junto a un seto, ya a escasas yardas de la puerta principal.

Fuera, el silencio era absoluto. Nada allí indicaba la presencia de alguno de los «torpedos» que a Barry le servían de guardaespaldas. Que le servían también para sus fines.

Avancé al darme cuenta de esto, y de que la puerta estaba abierta. El vestíbulo aparecía completamente iluminado. Desde el mismo umbral podía verse casi todo el interior.

Entré sin apartar la mano de la culata de la «Magnum», ni el dedo del gatillo.

Dispuesto a cargarme a Barry a las primeras de cambio. En cuanto a la mujer, dependía de muchas cosas. Ella se estaría quieta o no. Pero Barry... Barry era otra cosa. Si podía dispararía primero y preguntaría después, contando con que pudiera hacerlo, caso de que su primer balazo no me mandara al infierno.

Entré como digo, cerrando suavemente la puerta de la quinta. Estaban en el vestíbulo. Un hombre y una mujer. Frente a frente. Ella, pálida como una muerta.

Adiviné lo que había ocurrido. Barry Gordon había hablado de la llamada telefónica. Le había dicho que la policía había descubierto todo aquel tráfico ilegal de drogas y que tenían que largarse de Chicago, del Estado y cuanto antes.

Las dos canoas automóviles les brindaban una posibilidad, aunque remota, de pasar al Canadá. Desde allí a cualquier parte era buena.

Apreté la culata.

—Buenas noches, Barry —dije—. Hola, Margot.

Margot Rian lanzó un tenue y asustado gritito. Barry no dijo nada. Giró sobre sus pies, y al verle comprendí de inmediato lo que iba a hacer. Por lo tanto, salté de costado y apreté el gatillo, una y otra vez.

Le alcancé en medio del pecho, tirándole de espaldas, muerto mucho antes de tocar el suelo. Pero él, pistolero excepcional, había tenido tiempo de disparar un par de veces mientras giraba.

Solo que no me alcanzó, porque no me estuve quieto.

Al verle caer, Margot reaccionó. No buscó en sus ligas elásticas una automática del 22 para disparar contra mí. Ni siquiera me atacó. Eso sí, se levantó la falda hasta lo indecible y corrió hacia el interior de la casa.

Confieso que perdí unos cuantos segundos ante la belleza de sus piernas y que después corrí, a mí vez, hacia ella.

Alcancé una puerta. Estaba cerrada por dentro. Mascullé una maldición, disparé contra la cerradura un par de veces, y tuve el paso franco.

Oí su vivo taconeo y corrí como nunca lo he hecho. La alcancé en un dormitorio, cuando ya estaba abriendo la ventana para saltar al jardín.

—Para, preciosa —dije, tomándola por una de sus hermosas piernas para acto seguido tirar de ella—. Es mejor que te estés quieta.

Pero no quiso. Se lanzó sobre mí como una fiera. Ya no era la mujer

cariñosa que yo conocí el primer día de mi llegada. Ahora era una asesina. La mujer que mató a otra, para después de machacarle la cabeza y colocarle su «bikini», hacer que todos, hasta su propio marido, la tomaran por ella.

Moví la mano.

Mi hermosa Margot Rian se vio lanzada, con las piernas por el aire, contra la pared opuesta. Rebotó por ella y se vino al suelo. Intentó levantarse mientras introducía la mano en su exuberante seno.

—¡Quieta, querida! —dije fríamente—. Sentiría meterte una bala en las piernas. Sería un crimen hacerlo, ya que son una maravilla.

Durante unos segundos me insultó a placer, por lo menos hasta mi cuarta generación antes y después de mi nacimiento.

Cuando perdió el resuello me miró con los ojos brillantes.

—Has matado a Barry, bastardo —fue lo primero que dijo.

No quise sonreír. No merecía la pena.

—Y puede que también te mate a ti. Eso solo dependerá de una cosa, Margot.

Los ojos fríos de ella se clavaron en los míos.

—¿Quieres saberlo todo? ¿No es eso? Si te lo cuento, ¿me dejarás ir?

Sonreí.

CAPÍTULO XV

Nos miramos largamente los dos. Ella pareció recordar todo cuanto acaeció entre nosotros la primera vez que la vi, y la sonrisa apareció en su boca.

—¿Me dejarás ir si te lo cuento todo, Mike? —repetió.

—Siéntate, querida —repliqué, mirándola de pies a cabeza. Y añadí cuando lo hubo hecho, sin dejar de apuntarla, ya que sin saber por qué, la conceptuaba capaz de llevar una automática en la liga, o entre los senos—. Si te parece bien, hablaré yo.

—Tú, ¿qué cuernos vas a saber, sucio?

Sonreí de nuevo.

—Espero que me corrijas tú si me equivoco, preciosa —repliqué para añadir en el acto—. Verás... ¿Cómo podemos empezar esta historia? ¡Ah, sí! Como una venganza por parte de una mujer. Una mujer que no eres tú, claro, aunque seas una asesina, Margot. La cosa empezó en Nueva York, no sé cuándo ni me importa. Empezó entre un conocido y famoso «gangster» llamado Alfred Barry Gordon. ¿Me sigues? ¿Sí? ¡Pues al grano! Entre Barry y una hermosa mujer llamada Nora St. Durgan. ¿Entiendes? Ella era la amante de Barry. Lo fue desde que él empezó a subir. Lo siguió siendo hasta que las cosas se le pusieron mal en Nueva York, y tuvo que venir aquí, a Chicago. Nora quedó sola y abandonada en Nueva York, ganándose la vida, como Lina Hendrix. ¿Vas comprendiendo, querida?

»Pasó el tiempo. No sé cómo, ni me interesa, Nora St. Durgan se enteró de que Barry estaba haciendo miles de dólares en Chicago. Vino aquí y habló con él. Para entonces, Barry ya tenía una nueva amiguita. Tú, Margot. Por lo tanto, él la mandó al cuerno. Pero Nora no se fue a ese sitio tan desagradable, sino que se quedó aquí, en Chicago. Sospecho que tratando de encontrar algo contra Barry para someterle a chantaje. Apuesto, y de esto no estoy seguro, que la St. Durgan conoció a Lina Hendrix. Supongo también que le hablaría de Barry sabiendo que ella era la amante de uno de los «torpedos» de él. La engatusó ofreciéndole una parte de lo que le pudiera sacar a Barry, si la ayudaba.

»Yo conocí a Lina y sé que amaba el dólar más que a su propio pellejo. Nada tenía de extraño que ellas dos se pusieran de acuerdo. Abreviando: Estoy seguro de que entre las dos descubrieron lo que Barry se llevaba entre manos conjuntamente con tu ex marido, Margot, y a espaldas de Chian Lee. Nora hizo presión amenazando a Barry con delatarle. Él se reiría de ella, y entonces Nora tuvo otra idea que conceptuó de genial. Sabía que tú eras la amante del hombre que la dejó en Nueva York como si

fuera un guñapo o un trapo sucio. Me conocía o había oído hablar de mí. Por lo tanto, nada mejor que escribirme una carta, firmándola con tu nombre y haciéndome venir a Chicago.

»Vine y tú negaste. Tuviste miedo porque ella ya estaba muerta. Supongo que Nora cometió la mayor equivocación de su vida al poner en conocimiento de Barry lo que había hecho. Sospecho también que él te mandó llamar, diciéndole que la citas en tu casa, que tú misma ibas a darle lo que pedía por guardar silencio.

»Fue un trozo de plomo, ¿verdad? Un trozo de plomo en medio de la cabeza. Pero la cara no se la destrozaron para sacar el proyectil con objeto que los del Departamento de Balística no pudieran averiguar el calibre ni la clase de arma que la mató. Se la destrozaron para que alguien, yo, tu marido y alguien más, amistades supongo, si llegaba el caso, la confundieran contigo. Mientras tanto, tú, su asesina, estabas aquí, aguardando a que Barry liquidara todos sus negocios. Luego, los dos, al Canadá. Para todos, para la policía, Margot Rian estaba muerta. Asesinada por una muchacha china, o por otra persona cualquiera. ¿Eso es todo? Si hay algo que no sepa, que haya omitido, ¿quieres decírmelo tú?

Sus ojos brillaban como carbones encendidos, fijos en los míos.

—¿Cómo has sabido todo eso, rata? —preguntó.

—Atando cabos, preciosa. Atando cabos, y la mayor parte por unos papeles que me enviaron de Nueva York. En ellos hablaban de una mujer llamada Nora St. Durgan. Una mujer que fue amiga de Barry Gordon, y que según la policía de allí, había abandonado la ciudad. No sabían con seguridad dónde se encontraba ahora, pero creían que en Chicago. Como ves, todo cuadra, querida.

Me miró con odio.

—Sí —replicó—. Todo cuadra. Y llevas razón, Mike. La mujer que murió de un balazo en la cabeza, obedeciendo órdenes de Alfred, era Nora St. Durgan. Descubrió todo el tinglado con ayuda de Lina. Y Lina murió por...

—Te lo diré yo, ricura —atajé—. Lina murió porque tenía miedo. Lo sabía todo. Se enteró de que la estaba buscando la policía, de que la harían cantar si la pescaban. Por lo tanto, nada mejor que ir a verme al hotel donde me hospedaba. Barry también la tenía vigilada. Seguramente la estaba siguiendo alguno de sus hombres. La vio entrar en el hotel, y sospecharon que ella iba a contármelo todo. ¿Quién la mató, Margot?

—Fue Barry —dijo sencillamente—. Lo hizo él, Mike. Puedes creerme. ¿Qué piensas hacer?

Miré en torno, pero procurando no perderla de vista.

Había un teléfono sobre una pequeña repisa. Avancé hacia él.

—Llamar a la policía, querida —dije fríamente.

Levanté el auricular.

—No, Mike. Eso, no. Tengo... tengo muchos dólares. Tú... tú solo eres un periodista. ¿Cuánto quieres y me dejas marchar?

Empecé a discar sin perderla de vista. Y a pesar de que la tenía encañonada, se lanzó contra mí, desgarrándose la parte delantera del vestido, para sacar del seno la automática de pequeño calibre.

Solté el teléfono, y a mí vez me lancé contra ella. La golpeé en la mandíbula con el puño cerrado y la voltee por encima del sofá.

Lentamente, me acerqué adonde había caído. Se encontraba sin sentido, por lo que arranqué uno de los cordones de las cortinas y le até las manos y los pies. Después le levanté en mis brazos y la tendí sobre el sofá.

Estuve mirándola durante más de cinco minutos antes de que recobrara el sentido y seguí mirándola durante otros cinco más hasta que se recobró por completo.

Entonces retrocedí hacia el teléfono. Pero no pude llegar a él. Viniendo de la lejanía, nos llegó el sonido estridente de las sirenas de la policía.

¡Marella!

Eso fue lo que pensé en el acto. Mi muchacha china había telefoneado a Barry Gordon para hacerle saltar y después, fuera del programa que yo tenía estudiado con ella, llamó también a Carruters.

Nada de esto sabía Margot, que desde el sofá me miraba. Comprendí que creía que había sido yo quien llamó, ya que dijo quedamente:

—Mike... ¿Tú, pero has sido tú... el que has hecho esto conmigo?

No repliqué.

Di media vuelta, y sin mirarla, abandoné la habitación, pensando que no es nada agradable el averiguar que uno ha besado los labios de una asesina.

Alcancé la puerta y corrí por el camino hacia la carretera.

Llegué junto al «Alfa» mucho antes de ver las luces de los faros de los automóviles de la policía. Arranqué y con los faros apagados me alejé de allí.

Tardé mucho en dar un fantástico rodeo para alcanzar Chicago por la parte opuesta, y otro rato bastante grande antes de dejar el «Alfa Romeo» en su garaje.

Estaba agotado cuando abrí la puerta del apartamento de Marella.

Ahora no estaba tendida en el sofá, si bien vestía del mismo modo que tenía por costumbre cuando estaba allí. Me esperaba leyendo una revista, junto a la puerta, revista que tiró el suelo cuando oyó la llave girar en la cerradura.

Estaba enormemente cansado, pero eso no me impidió besarla, como un oso, mientras ella me correspondía casi en forma parecida.

Después fuimos al «living», llevándola yo prendida por la cintura.

—Mike, ¿qué ha ocurrido por fin?

Se lo conté todo, sin omitir detalle, y después pregunté:

—¿Cómo se ha presentado allí la policía sin que yo la llamara, Marella?

—Tenía miedo, ¿sabes? —dijo—. Por eso la llamé tan pronto como corté la comunicación con Barry. En cuanto a la policía, han encontrado drogas entre los fardos consignados a mí padre. Ahora le molestarán y quién sabe...

—No ocurrirá nada, ricura. Carruters tiene en sus manos una buena presa que cantará tan pronto como la aprieten un poco —repentinamente me sentí alarmado—. Oye, ricura, ¿le has dicho a Carruters que yo estoy aquí?

—¡Pero, Mike! ¿Cómo quieres que una chica soltera se atreva a decir eso y menos a la policía?

Me eché a reír, pero no por mucho tiempo. Ella me estaba tapando la boca con sus labios.

Confieso que nunca me he sentido tan alegre y satisfecho como en aquel entonces.

A la mañana siguiente nos casamos, y durante los días que siguieron mandé un informe detallado de todo lo ocurrido al «Mirror», de Nueva York. Pero el que no me pudo echar la vista encima hasta quince días después fue el teniente Carruters.

Al principio creí que nos iba a meter en la cárcel a los dos, a Marella y a mí, pero no llegó a hacerlo, tal vez por ser yo quién era en aquel entonces.

Todos los días no se casa uno con una muchacha china, hija de un hombre como Chian Lee, y rica, por añadidura.

He dicho antes que soy un tipo con suerte, y esa es la verdad, estoy convencido de ello.

De esto y de que no volveré más a Nueva York, al menos para ejercer de periodista.

Les he dicho ya que mi mujer es muy rica, ¿verdad?

FIN

Aparecerá la próxima semana
en esta misma colección

Clark Carrados

El diamante rojo



Precio:
7 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

COLECCION HISTORIAS

Gran variedad de temas:
Aventuras, Religiosos, Femeninos, Biografías. Infantiles, Cuentos.

Cada volumen incluye 250 ilustraciones que permiten seguir el relato sin leer el texto.

160 títulos publicados. Una completísima biblioteca juvenil para niños y niñas, recomendada por todos los profesores.

La mejor presentación

Encuadernación muy resistente con sobrecubierta a todo color, esmaltada. 256 páginas.

El mejor precio: 30 ptas.

RICK TURPIN Y



COLECCION



**PUNTO
ROJO**



Las mejores novelas de
acción, de horror y
de misterio.

Precio: 7' - ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



Para
encontrar
la
respuesta...

NO

es
necesario
consultar
cien
libros

ZAS

tiene
cien
respuestas



**pequeños libros
de gran contenido**

24 títulos publicados
300 en preparación

Precio
20 ptas.

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

COLECCION "PIMPINELA"

839 — María Teresa Sesé
UNA APUESTA
ENTRE AMIGOS

COLEC. "MADREPERLA"

735 — Corín Tellado
LA BODA DE MARIPOL

COLECCION "ROSAURA"

679 — María Morgan
UNA NOCHE MUY LARGA

COLECCION "AMAPOLA"

566 — Luisa Alberca
CERA FUNDIDA

COLECCION "ALONDRA" (Extra)

500 — Carlos de Santander
LA MUJER DE MI VIDA

COLECCION "CAMELIA"

441 — May Carré
FIERECILLA MONTARAZ

COLECCION "CORAL"

126 — Corín Tellado
PARECIA IMPOSIBLE

COLECCION "CORAL"

235 — Corín Tellado
LOS JUEVES DE LEILA

COLECCION "CORAL"

6 — Corín Tellado
UNA MAMA PARA ANA

COLECCION "BISONTE"

780 — John Lack
NO CONOCIA LA PIEDAD

Col. "SERVICIO SECRETO"

644 — Joe Mogar
LA MUCHACHA CHINA

COLECCION "BUFALO"

477 — M. Lafuente Estefanía
LA RUTA DE LOS ATRACOS

COLECCION "TEXAS"

345 — M. Lafuente Estefanía
UNA VIDA POR
CADA WHISKY

COLECCION "CALIFORNIA"

324 — Peter Doom
HOMBRES CONTRA LA LEY

COLECCION "COLORADO"

269 — Meadow Castle
EDSON, EL MUDO

COLECCION "KANSAS"

235 — M. Lafuente Estefanía
STANLEY, EL MUDO

Col. "HEROES DEL OESTE"

217 — M. Lafuente Estefanía
LES ANUNCIE SU MUERTE

COL. "ASES DEL OESTE"

187 — A. Rolcest
LA MALDICION DEL ORO

COLEC. "BRAVO OESTE"

99 — Alf. Regaldie
ESE DESCONOCIDO

COLEC. "PUNTO ROJO"

33 — Keith Luger
VACACIONES PARA
UN MUERTO

COL. "SELECCIONES S. S."

11 — A. Rolcest
LA NOCHE DE
BRIGHT GARDEN

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2 - Barcelona

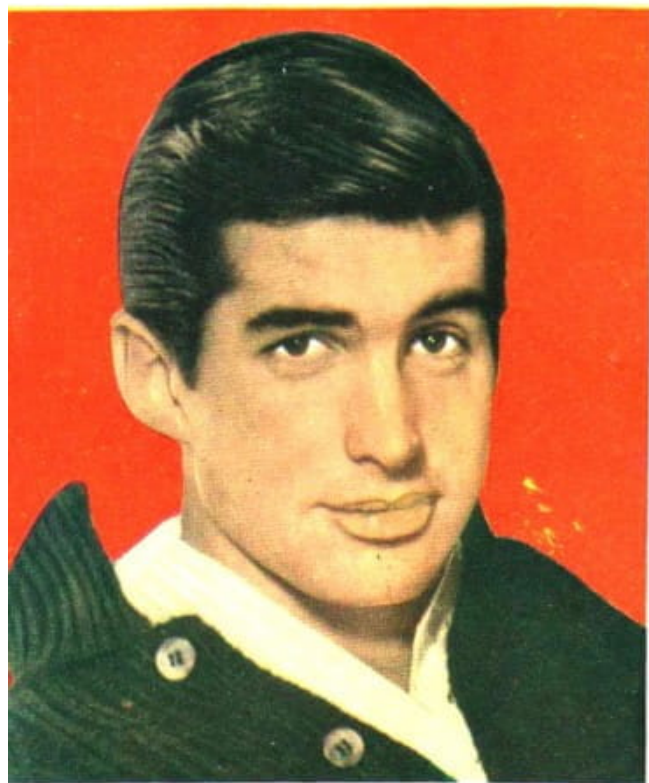
Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

**FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN**

- REPUBLICA ARGENTINA:** Editorial Bruguera, S. R. L.
Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.
- BOLIVIA:** Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1073 - LA PAZ.
- COLOMBIA:** Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carre-
ra 6.ª núm. 13-78 - BOGOTÁ.
- COSTA RICA:** Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Aparta-
do 1.924 - SAN JOSE.
- CUBA:** Distribuidora Antillana de Librería - Someruelos, 57
LA HABANA.
- CHILE:** Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B
SANTIAGO.
- DOMINICANA:** Librería Amengual - El Conde, 40 - SAN.
DOMINGO.
- ECUADOR:** Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y
Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717
y Boyacá - GUAYAQUIL.
- GUATEMALA:** Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42
GUATEMALA.
- MEXICO:** Editorial Istacchuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17
MEXICO.
- PANAMA:** Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este,
número 5-51 - PANAMA.
- PARAGUAY:** Adolfo N. Buzó - Estrella, 133 - LA ASUN-
CION.
- PERU:** Víctor Rosas Ramírez - Mercaderes, 450 - LIMA.
- PUERTO RICO:** Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN
JUAN. (Para bolsillos).
- SALVADOR:** Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Orien-
te 243 - SAN SALVADOR.
- URUGUAY:** Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.485
MONTEVIDEO.
- VENEZUELA:** Distribuidora Comunal, S. A. - Ferren-
quín a la Cruz, 178 - CARACAS.

George Hamilton

Joven actor norteamericano. Sus películas no son aún muy conocidas en España, le hemos visto en "Con él llegó el escándalo" y últimamente en "Fort Comanche".



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 7 ptas. * Impreso en España - Printed in Spain

N.º 160½